

SAN MANUEL GARCÍA MORENTE

¡Pero, si no ha sido canonizado!, estará pensando el lector. Es verdad, aunque obispos como el venerable José María García Lahiguera -su director espiritual- y Leopoldo Eijo y Garay - el obispo de su diócesis: Madrid-Alcalá- han subrayado su mucha virtud y su santidad (cf. 5.2.2). Una pregunta: ¿por qué no se ha incoado el proceso de canonización de este filósofo e intelectual español? Porque, a mi juicio, se lo merece, le dedico esta bitácora a finales de abril ya que precisamente nació el 22 de abril de 1886 y su conversión acaeció el 29 del mismo mes (año 1937) cuando Morente tenía 51 años de edad. Además, “el catedrático Manuel García Morente es una personalidad grandemente famosa en la historia de la filosofía española. No obstante, si no es mayor su celebridad, se debe a la ley del silencio que ha caído como espada de Damocles sobre tantos intelectuales a los que no se les perdona que se hayan convertido al cristianismo” (*García Morente, M., Příbeh Konverse. Neobycejná událost. A Deník duchovních cvicění*, editorial Triton, Vykáská 2014 (*Presentación* de. José M^a Montiu de Nuix, que me la ha remitido traducida del checo al español. Además contiene el *Hecho extraordinario* y el *Diario de los Ejercicios espirituales* de Morente en checo). Esta bitácora pretende contribuir a reparar su olvido.

Conviene adelantar la bibliografía. Como es muy extensa me limito a consignar la que he usado. **Fuentes:** García Morente, Manuel, *Obras completas*, Anthropos-Fundación Caja de Madrid, Madrid 1966 (dos tomos de dos volúmenes cada uno, citado a partir de ahora por *Obras*). IDEM, *Diario de los Ejercicios espirituales*, Espasa-Calpe, Madrid 1961 (= *Diario*) (*Obras*, II/2, 442-500); IDEM, *De la Metafísica de la Vida a una Teoría general de la Cultura* (curso en Buenos Aires, 1934 en *Obras*, I/1,353-532 (citado: *Metafísica*); IDEM, *Lecciones preliminares de Filosofía* (curso en la Universidad de Tucumán, curso impartido en 1937, publicado en 1938. Citado *Preliminares*) en *Obras*, II/3-314; IDEM, *A Monseñor Eijo Garay (Tucumán, 27.4.1938)* en *Obras*, II, 2, 507-513 (citado: *Carta Eijo*). De *El Hecho extraordinario* (relato de su conversión) hay varias ediciones: Rialp (1957, 1986, 1996, 2002, 2006, 2009, 2015), Espasa-Calpe (1951, 1953, 1956, cf. Iriarte), BAC (2003), Encuentro (2015), pero reproducen el “borrador” de la carta entregada a don José María García Lahiguera en septiembre de 1940. Tras la muerte de Morente lo encontró su hija M^a. Josefa. Es el texto que figura en sus *Obras completas* (II/2, 415-441) El texto original, conservado en el archivo de su destinatario (mons. Lahiguera), ha sido publicado por José M^a. Montiu (*Vida y pensamiento*, pp. 404-421) y por la familia Morente (ediciones San Esteban, 2008). Aquí lo cito como *Carta*, pero no por la paginación de este libro, sino por la del texto manuscrito de Morente que consta de 68 hojas. Aunque las diferencias entre ambos textos sean numerosas (800 según Montiu, o. c. 403), pocas son importantes.

Bibliografía: Barres-García, Carlos, *Un viajero hacia el infinito. Itinerario espiritual de Manuel G. Morente*, Borealia, Barcelona 2005; IDEM, *Proceso de una conversión, Don Manuel García Morente*, San Pablo, Madrid 2000; Bonelli García-Morente, Carmen (nieta de D. Manuel, religiosa de la Asunción como su tía Carmen –hija menor de D. Manuel, viva con 96 años de edad-), tres mensajes electrónicos, días 14, 17 y 18, abril, 2015 (citado *Carmen Bonelli G.-Morente*); Domínguez Prieto, P., *Manuel García Morente: el filósofo que abrazó al Dios verdadero* en AA. VV.,

Seminario conciliar de Madrid (1906-2006), Madrid 2008, 149-156; Forment-Giralt, Eudaldo, *La interpretación de santo Tomás como "filosofía abierta"*, "Cuadernos de pensamiento" 2 (1988) 147-169 (el estudio más profundo sobre la fase tomista de Morente); García-Morente, M^a. Josefa-García-Morente, Carmen, *Epílogo: García Morente, nuestro padre* en *Obras*, publicado en *Escritos desconocidos e inéditos* (1986) y como *Epílogo* en *Obras*, II/2, 573-594 (= *Epílogo*); de Iriarte, Mauricio, *El profesor García Morente, sacerdote. (Escritos íntimos y comentario biográfico)*, Espasa-Calpe, Madrid 1956 (= *Biografía*); Molina Prieto, Andrés, *Valoración teológica del "Hecho extraordinario" en la conversión del profesor. Don Manuel García Morente*, Boletín del Instituto de Estudios Gienenses" 131 (1987) 21-49; Montiu de Nuix, José María, *Manuel García Morente. Vida y pensamiento*, Edicep, Valencia 2010 (tesis doctoral-Premio Extraordinario en la Universidad de Barcelona) (citado *Montiu*); IDEM, *Manuel García Morente, el catedrático: de cosmovisión sin Dios a llama de amor*, Edicep, Valencia 2011; Palacios, Juan Miguel-Rovira, Rogelio, *Prólogo de sus Obras completas*, I/1, IX-XXXV.

I. DE NIÑO DE RELIGIÓN CATÓLICA A ADOLESCENTE AGNÓSTICO

Manuel García Morente (1886-1942) nació en Arjonilla (aldea de Jaén) aunque paso su niñez hasta los ocho años en Granada. Ordinariamente, en la infancia, los hijos hablan la lengua materna y profesan la religión de su madre. Con el paso de los años pueden aprender otro idioma y convertirse a otra religión. Morente no fue una excepción. Su madre, Casiana Morente Serrano (prima carnal del general Francisco Serrano regente, jefe del gobierno, masón) era católica practicante; educó a sus hijos (Guadalupe, Beatriz, Manuel) en la fe católica y en sus prácticas de piedad. Inmediatamente después de su conversión y antes de El Hecho (extraordinario) la figura de su madre irrumpe en la memoria de Morente: *"Recordé mi niñez; recordé a mi madre, a quien perdí cuando yo contaba nueve años de edad, me representé claramente su cara, el regazo en que me recostaba, estando de rodillas para rezar con ella; lentamente, con paciencia, fui recordando trozos del padrenuestro..."* (Carta, 44). *"Lo primero que haré mañana, será comprarme un libro devoto (seguramente en recuerdo de los "Devocionarios" usados por su madre) y algún buen manual de doctrina cristiana"* (Carta, p. 48).

En cambio, su padre, Gumersindo García Corpas, se especializó en París junto a un excelente oftalmólogo. Junto a él ejerció su profesión varios años -incluso tras su matrimonio- hasta que puso su consulta en Granada. Vivía zambullido en la corriente liberal, laicista, anticlerical, librepensadora e ilustrada. A Francia envió a sus hijos a estudiar; a las hijas a un pensionado de religiosas en Anglet (cerca de la frontera española), donde veraneó la familia algunos años; a Manuel al internado del Liceo Nacional de Bayona. Lo hizo impulsado por la fascinación que sentía por lo francés y por su ideología laicista. Ya en 1886 se había eliminado la enseñanza escolar de la religión en Francia.

Tras el primer curso, en las vacaciones veraniegas el niño Manuel G. Morente, a los nueve años de edad, recibió la primera comunión en Granada. Pocos meses después, moría su madre. Quedaba así a merced del influjo de su padre y de sus maestros, que compartían la mentalidad laicista. En vacaciones aprendió a tocar el

piano, desarrollando su habilidad y sentido musical, que repercutirá en los inicios de su conversión (*Carta*, 40). En torno a sus 14 años de edad, Manuel “se negó a ir con su hermana (Guadalupe) a la iglesia porque `ya no creo`” (*Epílogo*, en *Obras*, II/2, 576). Guadalupe “no insistió y nunca discutió con él sobre este asunto. Se limitó a rezar y nos dio la pauta de conducta a seguir por todas nosotras” (*Epílogo*, *Obras*, II/2, 575). Su hija mayor María Josefa (Pepa) identifica su actual actitud en cuanto a la religión: “desde entonces fue agnóstico” (*García Morente íntimo*, “Boletín de Estudios Giennense” 1987, 11). Terminó el Bachillerato con el *Grand Prix* o el premio extraordinario en 1905, año en el que se implantó oficial y definitivamente en Francia la *laïcité*, “laicismo” en español (no “laicidad”) con la separación entre el Estado francés y la Iglesia católica y con la secularización de todos los bienes de la Iglesia.

II. EL AGNOSTICISMO Y EL “DIOS-IDEA” Y PANTEÍSTA DE MORENTE

Propiamente no existen ateos. Quien dice no creer en Dios, se talla un ídolo. “Todos esos son idólatras, no ateos; idólatras es el nombre que les cuadra”, sentencia Dostoievski en su obra *El adolescente*. Curiosamente en la Biblia se habla muchas veces de la idolatría, pero solo dos veces formula explícitamente la definición e idea del ateísmo: “Dice el necio (literalmente: el “sin-razón”) para sí: `no existe Dios`” (Ps 13 -12-, 1; 53 -52-, 1). Da por supuesto que el ser en cuanto racional no es ateo. La realidad es que –de los seres dotados de materia- solo el hombre, “animal racional” (Aristóteles, siglo IV a. C.), puede ser religioso.

2.1. Morente, agnóstico/ateo; “Ser dios sin dios”

El pecado original, arquetipo, raíz y origen de todos los demás, es descrito como “gnosis” o conocimiento peculiar, capaz de convertirnos en “dios” (*Génesis*, cap. 3) (M. Guerra, *La gnosis y sus rebrotes en nuestros días*, “Burgense” 47/1 (2006) 71-130. Con palabras del filósofo Maurice Blondel (*La Acción*, B.A.C., Madrid 1996, 404): “El hombre aspira a ser dios. El dilema es este: ser dios sin Dios y contra Dios o ser dios por Dios y con Dios”. Los cristianos lo somos “por Dios y con Dios”, por y con su gracia. Los “agnósticos” e “increyentes” aspiran a ser dios “sin Dios”; los ateos, sobre todo militantes, a serlo “sin Dios y contra Dios”. En una hipotética entrevista sobre la existencia de Dios el creyente responde: “Pienso y creo que existe”, el ateo: “Pienso y sé que no existe”; el agnóstico marcaría la casilla: “No opina, pero vive como si no existiera”.

El agua químicamente pura existe solo en los laboratorios, no en la realidad. La actitud de Morente respecto de lo divino y lo religioso se trenza con hilos de todos los colores con predominio de uno u otro según las circunstancias. Esto es comprensible, pues su construcción mental o “idea de Dios” varía en sintonía con sus razonamientos puramente naturales, con sus dudas, con sus avances y retrocesos, con sus investigaciones y con su sentir. A juicio de su hija María Pepa según queda

indicado y conforme a la etiqueta más divulgada y oficial, habría sido agnóstico desde los 14 años hasta los 51 (su conversión). Morente mismo reconoce: *“Hacia fines de marzo de 1937 (...) la universidad de Tucumán me ofrecía dos cátedras. El recuerdo de mi actuación en Buenos Aires en 1934 (...) fue la causa de esa invitación inesperada”*. Alude al curso filosóficamente agnóstico que dio desde el 16 de agosto hasta el 24 de septiembre en 1934 (cf. *Metafísica*).

Morente se considera “filosóficamente agnóstico”, pero tan radical que parece rozar el ateísmo, por ejemplo distingue entre *“el incrédulo que no puede creer”* y el *“que no quiere creer”*; el primero *“por la rigidez de la mente”*, el segundo *“por la mezquindad del corazón”*. Se identifica con el primer tipo porque su mente e ideas estaban ya *“tan endurecidas, cosificadas, anquilosadas y como fosilizadas”* en la increencia que era incapaz tanto de aceptar la Providencia como de la aceptación filosófica de la existencia de Dios por medio de la razón (*Los dos incrédulos del evangelio, Obras, II/2, 386-389*). Suele ser el riesgo de *“los intelectuales”,* o sea, de los que usan como instrumento de trabajo exclusiva o principalmente la inteligencia” (*El problema espiritual de los intelectuales -23.8.1941-, Obras, II/2, 166-172*).

2.2. El “dios” del filósofo Morente

Una vez convertido, reconoce haber vivido *“sin Dios, o lo que es lo mismo con un Dios que de Dios solo tiene el nombre”* (*Diario en Obras, II/2, 452*). Su dios es un “Dios-idea” al estilo de las Ideas platónicas (cf. M. Guerra, *La “conversión” según Sócrates y Platón. La “conversión”, “huida” del mundo y “vuelta-retorno” a la “contemplación de las Ideas” o un proceso de “asemejación a la divinidad”, “Revista Agustiniana” 27 -1986- 63-115*). El “Dios de Morente” o el “dios de Morente” no es ni un Dios que se revela sobrenaturalmente o que se “muestra”, ni es tanto un “existente” que “es”, cuanto un supuesto, una noción de “lo supremo e infinito”, una “idea de Dios” que se va construyendo personalmente y a la que se atribuye la existencia, negándosele la actuación en el mundo. No es un “Dios de la razón” (o “Dios de la filosofía” perenne)-visto como *ipsum esse subsistens*, “el mismo Ser subsistente”, y como único Dios de la razón y de la fe. Es el “Dios de `una` filosofía” o, mejor aún, el dios de una manera de sentir. Es pues el “dios de los filósofos”, de los intelectuales, que ni ama ni puede amar. Con palabras de Max Scheler, conocidas por Morente catedrático de Ética, en una de sus obras (*El resentimiento en la Moral, “Revista de Occidente”, Madrid 1927, 71*): *“Ya Platón dice: ‘Si fuéramos dioses, no amaríamos’, pues en el ser perfectísimo no puede haber ninguna aspiración”* y el amor es una aspiración, una tendencia. “Y, según Aristóteles (), la Divinidad ya no ama”. Scheler contrapone esta conceptualización griega de la divinidad, con el Dios cristiano “que es Amor” (1Jn 4,8,16) y Morente lo experimentó en el proceso de su conversión al contemplar el Amor que es Dios encarnado en Jesucristo crucificado (*Carta, 40*).

Antes *“todavía mi pensamiento y mi imaginación caminaban por vías puramente abstractas y metafísicas. Pensaba en Dios; pero siempre en el Dios del deísmo, en el Dios de la pura filosofía, en ese Dios intelectual en que se piensa, pero al que no se reza (las palabras subrayadas están así en el original). Dios ahumano, transcendente, inaccesible, puro ser lejanísimo, puro término de la mirada intelectual”* (Carta, 37). En su curso en Buenos Aires (año 1934): *De la Metafísica de la Vida a una Teoría general de la Cultura* enseña que a Dios no se puede acceder ni por la razón, ni por la fe, pues esta es irracional y sin valor cognoscitivo, sino solamente por el sentimiento religioso. Por esta vía (puramente sentimental) afirma como “idea de Dios” un algo infinito, no delimitable por la razón, incógnito, totalmente transcendente. En este enfoque subyace la *Razón práctica* (marginada de la *Razón teórica*) de Kant y sobre todo el sentido de dependencia respecto a lo divino de Schleiermacher. Lógicamente niega la existencia de un Ser providente o de la Providencia, dejando la existencia humana y la historia de los pueblos en manos del hombre. Por tanto, la vida de los individuos y la historia se forjan como si Dios no existiera. Conclusión: el agnosticismo radical y hasta el ateísmo o, al menos, el pragmático. A su vez, el hombre y la humanidad debe guiarse por la luz de la razón o de la filosofía, no por la de la fe ni de la religión, que han imperado en etapas ya superadas de la humanidad y que dificultan su progreso. La conversión y el Hecho extraordinario transfigurarán y trastocarán esta mentalidad.

“La religión no es para nosotros una orientación radical en la vida, sino un consuelo en esta vida, lo que pensamos que sea de nosotros cuando no vivamos. La filosofía es para la vida; la religión para la no vida, para el ensueño, para después de la vida, para la muerte” (Metafísica, 375). A continuación ensalza al budismo, curiosamente como la masonería, que también pone la ética por encima de la religión (cf. *Masonería, religión y...*, 175-178). *“El budismo llega a esta misma conclusión. Para el budismo, el destino del hombre después de la vida y de las encarnaciones sucesivas, es la absoluta nada, el nirvana, la negación total de la vida, existencia, esfuerzos, trabajos; en suma, la negación del ser. Mal puede sustituirse la filosofía por una forma cualquiera de religión”* (De la Metafísica de la Vida..., Obras, I/1, 375). Sorprende que Morente interprete *nirvana* como “negación del ser”. Pero esta era la interpretación generalizada, también en el manual de *Historia de la Filosofía* que estudie en torno al año 1950. ¿Cómo puede alguien poner la felicidad en no ser? La palabra sánscrita *nirvana* significa “aniquilación”, pero no del ser, sino del *duhkha*, o sea, del apego a lo contingente, apariencial. “Nirvana” (con mayúscula) es el estado de lo subsistente del individuo después de innumerables “renacimientos” (“reencarnaciones del alma” en el hinduismo), una especie de cielo, pero sin Dios ni ángeles.

Su concepción de las religiones, también del cristianismo, es relativista. *“La religión cristiana es un anacronismo. (...) Fue buena religión allá hace diecinueve*

siglos (...); en la Edad Antigua, en la Edad Media, era una buena religión, estaba acorde con los tiempos aquellos (...) Los tiempos han pasado, el progreso ha venido. Se ha creado una (...) filosofía, una historia natural. Los hombres se han organizado en sociedad, los intereses históricos de la humanidad son muy distintos de lo que eran hace siglos, y hoy día la religión cristiana resulta una anacronismo, está fuera de la actualidad, no es actual” (El espíritu científico y la fe religiosa. Obras, II/2, 175).

2.3. ¿Ser dios contra Dios?

La aspiración de Morente, desde los 14 años de edad hasta su conversión, se realizó sin el Dios personal, cristiano, pero no contra él. No obstante, una carta (*finales de noviembre de 1912*) de Miguel de Unamuno a José Ortega y Gasset (discípulo de Giner de los Ríos, condiscípulo y amigo de Morente) deja entrever que hubo cierto riesgo en algún momento de su vida: “Me han contado de Morente a quien conocí y traté en Málaga (*aquí residía su padre desde sus segundas nupcias*), una cosa que me ha dolido. Dígame que se deje de encasquetarse más el sombrero cuando vea la bandera patria, que no se enfurezca contra el catolicismo, que el principal enemigo es otro. Que no caiga, por Dios, en el fanatismo ferrerista” (*Epistolario completo de Ortega-Unamuno*, El Arquero, Madrid 1987, 111-112, carta 29) (cf. IV fin). Unamuno se refiere a Francisco Ferrer y Guardia, el anarquista español más conocido, masón grado 32º, fundador de la Escuela Moderna en 1901 (en 1905 tenía 49 sucursales solo en la provincia de Barcelona). Fue el coordinador de la Semana Trágica de Barcelona (26 julio-1 agosto, 1909), en la cual fueron incendiados unos 90 edificios religiosos (el seminario diocesano, 18 iglesias, 29 conventos, 36 colegios de religiosos, etc., pero ningún, banco, fábrica ni comercio). Entre su condena a muerte y la ejecución hubo una movilización general y manifestaciones multitudinarias en las principales ciudades europeas a favor de la libertad del que llamaban “el educador de España”, “víctima –decían- de la Inquisición (entonces inexistente) y del clericalismo asesino”. El catalanista Cambó explica el origen de semejante reacción en favor de alguien al que Unamuno califica de “tonto, loco y criminal cobarde”: “ocupaba uno de los lugares prominentes de la masonería y la masonería internacional tomó el *affaire* con el más grande entusiasmo” (Pío Moa). En 1911 se le levantó un monumento frente a la masónica Universidad Libre de Bruselas que representa al “portador de la antorcha” (Prometeo o Lucifer), símbolo del triunfo de la Razón sobre el oscurantismo religioso (cf. M. Guerra, *Masonería, religión y política*, Sekotia, Madrid 2013⁵, 315-318).

Terminado el bachillerato en Bayona (1903) y el estudio de filosofía en la Sorbona y en el Colegio de Francia (París), Morente obtiene la Licenciatura (1907) y regresa a España, donde cursa la asignatura Filosofía del Derecho en la Universidad Central (Madrid), licenciándose en 1908. Durante un año desempeñó la cátedra de Filosofía en la Institución Libre de Enseñanza (= ILE). Luego estudia filosofía en Múnich (1910), en Berlín (1911, “Kant”) y en el semestre de invierno de 1911 en

Marburg, que, según Ortega y Gasset, “era el burgo del neokantismo. Se vivía dentro de la filosofía kantiana como en una ciudadela sitiada (...). En Marburgo se leía solo a Kant y, previamente traducidos al kantismo, a Platón, a Descartes, a Leibniz” (Manuel G. Morente, *Obras*, p. XIII). En Marburg Morente fue condiscípulo de Ortega y Gasset y de Ramón Pérez de Ayala. Ortega se desencantó pronto del neokantismo; Morente, no, pero ya en 1917 reconoce: “Nos hallamos en un recodo del camino descubierto por Kant”, o sea, a punto de cambiar de dirección, superar la kantiana al menos como sistema recibido y aceptado más o menos acriticamente (prólogo de *La filosofía de Kant*, en *Obras I/1*, 131) . En Marburg, inocularon en la mente de Morente la concepción neokantiana y al mismo tiempo la *Kulturkampf* (“Lucha cultural”) de los neokantianos, es decir, la exaltación de la razón humana, pero mutilada de su capacidad de conocer lo trascendente y en oposición y hasta en lucha declarada contra la fe y la religión católica. En abril de 1912 (año de la recriminación en la carta de Unamuno) obtiene la cátedra de Ética en la Universidad Central ¿Por qué esa advertencia tan seria de Unamuno? Regresa a Marburg, donde es condiscípulo de Ramiro de Maeztu.

2.4. “Atrévete a pensar” (racionalismo kantiano), “mostrar, no demostrar lo divino” (irracionalismo místico de Bergson)

Inmanuel Kant comienza su tratado *¿Qué es la Ilustración?* con la sentencia clásica *Sapere aude*, que traduce no literalmente: “atrévete a saber”, sino “atrévete a pensar”. Y explica su interpretación: “¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!” sin limitaciones extrañas. “La Ilustración proclama la salida del hombre de su minoría de edad”, o sea, “de la incapacidad de servirse de la propia inteligencia sin ser guiado por otro”, la autonomía de la razón humana endiosada, la Razón, representada por una corista de la Ópera parisina, colocada en la hornacina de “Nuestra Señora” en la catedral homónima de París (año 1794) por Maximilien Robespierre, nieto e hijo de masones y masón él mismo, aunque algunos masones lo nieguen horrorizados por su imperio del Terror. Intentó así sustituir en vano la religión católica y su culto por el de la diosa Razón (pueden verse el original de las frases entrecuilladas en la p. 35 del volumen VIII de las obras completas de Kant. Hay traducción al español: Kant, I., *Crítica de la razón pura. ¿Qué es la ilustración?*, Universitat de València 1992⁴, 62-70).

La Ilustración reemplaza la fe por la razón, la dogmática por el relativismo y la tolerancia. Morente se impregnó de las ideas kantianas en sus estudios en Marburg, en su traducción de varias obras de Kant al español, en las conferencias y clases que impartió. Según Morente, la religión nada tiene que ver con la razón ni con razones y evidencias racionales (*Metafísica* en *Obras*, I/1, 374, 408-409, etc.). Pero, en parte, compensó el racionalismo con la doctrina kantiana que traslada la fe, la ética y lo religioso del ámbito de la “razón pura” al de la “razón práctica”. Lo contrapesó todavía más por la reducción de la fe al sentimiento en Friedrich E. Schleiermacher y sobre todo por el influjo de su profesor Henri Bergson, quien, en su *Las dos fuentes*

de la moral y de la religión (Buenos Aires 1962, especialmente la segunda sección: “la religión dinámica”, el misticismo) exalta el conocimiento “místico” que busca y proporciona el encuentro o contacto directo, íntimo, intuitivo, con la realidad; “los místicos muestran, no demuestran lo divino”. En 1916 Morente consiguió que Bergson tuviera una conferencia en la Residencia de Estudiantes (texto francés en *Obras*, I/1, 51-54; español, 119-122). Fue precedida por tres conferencias de Morente, publicadas con el título: *La filosofía de Henri Bergson* (Residencia de Estudiantes, Madrid 1917) (*Obras*, I/1, 47-119). Otros ensayos: *Sobre la intuición bergsoniana* (*Obras*, I/2, 5-119); *Bergson* (*Obras*, II/2, 237-240), *Henri Bergson* (*Obras*, I/2, 470-474). Según Morente “*la religión es esencialmente irracional, sentimental, un sentimiento fuera de la vida*” (*Metafísica* en *Obras*, I/1, 374-375).

“La ética de Morente sigue cerrada a las religiones positivas, especialmente a la católica (...). Habla de valores religiosos y demuestra sensibilidad hacia valores que se manifiestan en la mística. Parece como si Morente no pudiese dejar de admirar la mística y deseara que fuese posible la unión mística con Dios” (Montiu, 87). Admiraba el misticismo panteísta de Spinoza: unión panteísta con lo divino impersonal, la cual muy poco tiene que ver con la unión con el Dios personal cristiano. Morente llegó a interpretar en clave panteísta toda “religión” y toda unión “religiosa” (con Dios). “*Todas las religiones son, en mayor o menor grado, panteísmo. Todas tienden más o menos a ligarnos con el infinito y la religión más plenamente religiosa es al cabo la filosofía de Spinoza*” (*La filosofía de Spinoza en la cultura moderna*, en *Obras*, I/2, 51), porque “es panteísta” (*Ibidem*, I/2, 56, 58-59). Pero el Dios de la razón o de los filósofos, aunque distante y frío, es más perfecto que los dioses de los mitos y de las mitologías, que el Dios de las prácticas y supersticiones religiosas, producto de la fantasía y del temor. Morente en el curso de filosofía (metafísica) citado señala un Dios conocido solo por el sentimiento totalmente trascendente, más allá de la vida, imagen no panteísta de Dios. “*La filosofía, no la religión es para nosotros la guía radical de la vida*” (*Metafísica* en *Obras*, I/1, 373, 375). El filósofo no ora, piensa. Pero, tras el acontecimiento El Hecho extraordinario, no puede seguir creyendo en el “dios de los filósofos” y no puede no creer en el “Dios de la fe cristiana”, en Jesucristo (*Carta*, 37-44).

Morente puede ser erigido en el símbolo de las tres constantes representativas de la religiosidad y cultura de nuestro tiempo, a saber, a) la religiosa cristiana, monoteísta, de moral evangélica, tradicional en Occidente y países occidentalizados (Filipinas, Australia, etc.) desde hace dos mil años (niñez de Morente y tras su conversión); b) la relativista y laicista de origen e impronta masónica, propia de la Ilustración, que endiosa a la Razón, marginando lo sobrenatural y contraponiendo ciencia y fe, razón y religión; somete la religión a la ética-moral despojada de lo específico de las religiones positivas existentes (pensamiento y criterios predominantes en Morente entre los 14 y los 51 años de

edad. c) la esotérica, “mística” natural, panteísta de procedencia oriental (hindú, budista, jinista, taoísmo), traída a Occidente a partir del Parlamento Mundial de las Religiones (Chicago, 1893, año siguiente al 4º centenario del descubrimiento de América) y, en cuanto a sus sectas y Métodos del Potencial Humano: yoga, zen, reiki, taichí, Meditación transcendental (Nueva Era) tras finalizar la Segunda Guerra Mundial (1945) y, en cuanto a la ética, tras el Parlamento Mundial de las Religiones después del 5º centenario del descubrimiento de América. Pero Morente no bebe ahí, sino en Bergson judío de sangre, no de religión (muy cercano al catolicismo al final de su existencia), y en el pensamiento panteísta del filósofo judío de origen portugués (no español) Baruch Spinoza (catellanizado por Morente: “Espinosa”) del siglo XVII, que había estudiado. Véanse sus publicaciones: *La filosofía de Espinosa en la cultura moderna* (Obras, I/2, 47-62; *Goethe y Espinosa* (I/2, 97-108)

2.5. ¿Se inició Morente en la masonería?

Kant, al que en 1934 llama “el más grande filósofo que ha habido en el mundo” (Obras, I/1, 513), dos de sus profesores (Bergson, Francisco Giner de los Ríos) y su condiscípulo y amigo José Ortega y Gasset son los soportes principales de la estructura mental y vital de Morente antes de su conversión sin olvidar la fenomenología de Husserl y la filosofía de los valores de Scheler; Jesucristo y santo Tomás de Aquino después de ella. Morente es seguramente el pensador en el que más se nota el influjo de la educación recibida y el de sus profesores. Y esto ya desde sus estudios de filosofía en el Liceo de Bayona. Él mismo lo expone en su primer artículo, publicado en el “Boletín de la Institución Libre de Enseñanza” cuando tenía 20 años de edad. En él expone la finalidad: “Aprender a pensar es quizá el fin de todo estudio filosófico” (*La enseñanza de la filosofía en Francia* en Obras, I/2, 6) y sus principales objetivos, a saber, la libertad de investigación y la liberación de todo dogmatismo (*ibídem*, 10), en una palabra, el masónico librepensamiento. Seguirá publicando en este mismo “Boletín de la ILE” con cierta periodicidad hasta casi sus 40 años de edad (1907-1923).

2.5.1. La vinculación de Morente con la ILE (Institución Libre de Enseñanza)

De los influjos indicados, tal vez el más eficaz e íntimo sea el del masón Fr. Giner de los Ríos y su Institución Libre de Enseñanza, nacida en 1876 como “proyecto masónico” (cf. *Masonería, religión y política*, 366-368). José M^a. Montiu (*Pensamiento y vida*, 101-102) trata de discernir si la ILE era una logia encubierta o una organización-pantalla de la masonería (cf. *Masonería, religión y...*, 54-59). Se inclina por la segunda. Es posible. No obstante, intuyo que en la ILE había una “fraternidad masónica”, o sea, un grupo de masones de la misma profesión (docente en este caso) de la misma o de distintas logias, así como de cualquier Obediencia o rama y Rito masónico, que tenía como proyecto la reforma de la educación española, transformándola de cristiana y dogmática con enseñanza religiosa católica en relativista, laica (laicista) y librepensadora para realizar un cambio estable de valores

y mentalidad en la sociedad española. Sobre la estrategia de una fraternidad masónica de médicos para influir en la sociedad, cf. la bitácora *Cómo cambiar la sexualidad humana y su ética* en este mismo blog y mi obra *Masonería, religión y ...* (pp. 346-349). En ellas se ve su programa y modo de influjo eficazmente transformador de la sociedad tal como los describe Pierre Simón, Gran Maestro de la Gran Logia de Francia en su libro *De la vie avant toute autre chose* (ed. Mazarine, París 1979). Lo hace con tanta claridad y hasta crudeza que fue retirado de las librerías a instancias de las autoridades masónicas.

Ya el calificativo “libre” (librepensamiento, liberación de las trabas dogmáticas, de la fe y de lo sobrenatural, aceptación de la luz de la sola razón) sugiere su condición masónica y presenta a la organización así llamada como abanderada de la libertad de pensamiento, de expresión, de enseñanza y de investigación. Recuérdese, entre otras, la Universidad Libre de Bruselas, fundada en 1834, que ha sido y es laicista, librepensadora y opuesta al influjo del clero católico en la enseñanza. Su revista general se titula *Latomus* (= “albañil, masón” en latín). La gestación de la ILE tuvo lugar en relación precisamente con la Universidad Libre de Bruselas y nació para convertirse, como ella, en Universidad Libre. Aunque no lo logró, es innegable que influyó mucho en la Universidad española, que fue beneficioso en parte, especialmente en el plano pedagógico. Su conocida Residencia de Estudiantes muestra la misma orientación intelectual y la misma o similar vinculación con la masonería.

Francisco Giner de los Ríos fue discípulo de Julián Sanz del Río (1814-1869) fundador de la escuela krausista española, traductor del *El ideal de la Humanidad. Especialmente para masones* del masón Krause. Krause fue “irradiado” o expulsado de la masonería, pero rehabilitado póstumamente. Entre los discípulos de Francisco Giner de los Ríos descuellan los ciertamente masones: su sobrino Fernando de los Ríos Urruti (1879-1947, rector de la Universidad Central (Madrid), Luis Simarro y Lacabra (Gran Maestro o director del Gran Oriente de España, 1917-1921), Álvaro de Albornoz y Liminiana (1879-1954), Antonio Machado (1876-1941), Ramón Pérez de Ayala (1880-1962), Manuel Azaña (Presidente del Gobierno y de la República), Luis Jiménez de Asúa, Augusto Barcia Trelles (1881-1961, Gran Maestro del Gran Oriente de España desde 1921), etc. Morente, discípulo de Fr. Giner de los Ríos, ¿fue también masón?

2.5.2. Su peculiar relación con Francisco Giner de los Ríos

Francisco Giner de los Ríos ha sido considerado “algo así como un director espiritual laico (laicista, masónico)” de Morente (Montiu o. c. 86). El mismo Morente reconoce agradecido: “En su recuerdo (...) encontramos diariamente todos cuantos le conocimos y amamos el consuelo y el aliento para proseguir la obra de nuestra vocación” (*Cómo era el maestro*, en *Obras* I/2, 475; cf. su ensayo: *D. Francisco Giner, su vida y su obra (fragmentos)* en *Obras*, I/2, 76-87). Morente fue discípulo suyo en

Filosofía del Derecho desde 1907 con 20 años de edad. Invitado por él, explicó un curso de filosofía en la ILE en 1908, año en el cual ingresó formalmente en la ILE y publicó en su “Boletín” otro estudio sobre *La filosofía en París. Consejos a un principiante*. “A la memoria de Giner de los Ríos” se lee en la dedicatoria de su libro *La filosofía de Kant. Una introducción a la filosofía (Obras, I/1, 123-284, cita en 131)*.

2.5.3. Su vinculación con las prestigiadas instituciones de la ILE

Durante sus estudios en Alemania (1911-1912) Morente fue becario de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en 1907. Tuvo relación muy activa con la Residencia de Estudiantes, fundada en 1910, así como con sus publicaciones: el “Boletín de la ILE” y “La Lectura”, en las cuales colaboró. Morente proyectó “la fundación de una Residencia de Estudiantes –antes de un año–”, adscrita a la universidad de Tucumán. Así se lo comunica en su escrito *A don Alberto Jiménez Fraud (Tafí del Valle, 4.II.1938 y 39.III.1938 (cf. Obras, II/2, 505)*.

2.5.4. Su incorporación a organizaciones político-culturales de signo masónico

Su colaboración como Secretario General de la Liga de Educación Política Española, cuyo fundador y presidente fue Ortega y Gasset. Masones fueron sus miembros destacados: Antonio Machado, Salvador de Madariaga, Ramón Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, Ricardo Baeza, Ángel Galarza Gago, Gustavo Pittaluga. ¿Esta Liga fue una organización-pantalla de la masonería con dos no masones (Ortega y Morente) al frente o/y una fraternidad masónica? Esta Liga nace para ofrecer una forma de educación “laica (“laicista”), alternativa a la tradicional católica española. Nació en la cuna o entorno del Partido Reformista, fundado por los masones Melquiades Álvarez y Gumersindo de Azcárate. A la Junta Nacional de este partido pertenecieron Morente y José Ortega y Gasset. A este partido se incorporaron bastantes de los llamados entonces “intelectuales”, o sea, pensadores y escritores vinculados con la ILE. Masones eran al menos la mayoría de los miembros de su Junta Nacional: Augusto Barcia, Luis Simarro, Fernando de los Ríos, Gustavo Pittaluga Faterini (proveniente del Gran Oriente de Italia), Miguel Moya Gastón (Gran Maestro, suegro de Gregorio Marañón), Manuel Azaña. El 5.3.1932 se inició Azaña –como él mismo reconoce- por motivos políticos, a saber, para contar con el apoyo de los numerosos diputados masones en contra de su contrincante el masón Alejandro Lerroux (Partido Radical), y con el influjo de la masonería internacional a fin de realizar la plena secularización de España. El programa político de Manuel Azaña proponía la secularización del Estado, la separación de la Iglesia y del Estado, el matrimonio civil, la reforma social, etc. Morente trató con no pocos masones, bien amigos personales suyos, bien vinculados -como él- a la ILE: Juan Negrín López (ministro y presidente de la IIª República española), Luis Jiménez Asúa (vicepresidente de las Cortes constituyentes, 1931), Rodolfo Llopis (masón grado 33º, ministro de Instrucción Pública. Presidente de la IIª República en el exilio, Secretario General Adjunto del PSOE), etc.

Morente daba clases en la Universidad y al mismo tiempo mantenía una relación especial (conferencias, cursillos) en otros centros educativos, entre ellos, la Escuela Nueva, cuyos directivos solían pertenecer a la masonería; en 1926 eran masones todos: Enrique Martí y Jara (presidente), Marsá Bragado (vicepresidente) y los vocales José Giral Pereira –presidente de uno de los gobiernos de la IIª República española- y Rodríguez Vera.

2.5.5. *Sus cursos en Argentina*

Morente fue invitado a dar el curso de introducción a la filosofía en el Departamento de Filosofía recién creado (año 1937) de la universidad de Tucumán (Argentina) en julio de 1937 por su prestigio profesional, por su fama de agnóstico y laicista, o sea, relacionado de algún modo con la masonería, conocido ya desde su curso en la Universidad de Buenos Aires (año 1934). El Departamento de Filosofía tucumano estaba controlado por su profesor de fenomenología, el agnóstico y masón Francisco Romero. Aunque disimuló, Morente llegó a experimentar cierto vacío, convenciéndose de que si hubieran conocido su conversión, no le habrían invitado. Pero un vacío asietado del que se encuentra como en el centro del fuego cruzado contrapuesto: los agnósticos, anticlericales y masones de una dirección, los católicos de la otra. Estos, desconocedores de su conversión, lo consideraban un agnóstico y laicista contratado precisamente por eso por los agnósticos y laicistas tucumanos, enemigos de la Iglesia. De ahí su *“juicio pésimo del ambiente espiritual y moral”* de la sociedad tucumana y su sufrimiento al sentir *“la más completa y absoluta soledad espiritual”*. (*Carta Eijo; A don Juan Zaragüeta –Vigo, 24.7.1938 y Poyo, 24.2.1939-* en *Obras*, II/2, pp. 510, 517, 546).

2.5.6. *El proceso de su reconciliación con la Iglesia*

En una carta muy sincera e íntima a su obispo desde Tucumán (27, abril, 1938) le manifiesta deseo de *“hacer una confesión larga en el seno de vuestra paternal bondad”* o *“con el sacerdote que V. I. designe”*. (*Carta Eijo, Obras* II/2, 512). ¿Será porque se sabe excomulgado y que tiene que romper su vinculación con la masonería? Inmediatamente antes: *“La confesión no la puedo hacer aquí”*. Seguramente conocería a algún sacerdote –diocesano o religioso- con el que pudiera hacerlo. Pero, si se había iniciado en la masonería, debería tratarlo con el obispo. Y, como queda indicado, los católicos, especialmente los más fieles a la Iglesia, y el clero en general con el obispo tucumano al frente no habían disimulado su displicencia y hasta animosidad hacia Morente por considerarlo librepensador y laicista, o sea, masónico. De otro modo cómo se explica que no comulgara hasta después de confesarse con su obispo en Vigo y que no lo hiciera antes, ni siquiera cuando asistió a Misa con su familia en Bahía el 3 de junio de 1938 (cf. 3.6.4).

2.5.7. *El pensamiento de Morente antes de su conversión era masónico*

Masónico es el pensamiento de Morente en cuanto caracterizado por el naturalismo (marginación de lo sobrenatural y de lo divino transcendente, de la

providencia divina, etc. cf. León XIII, su encíclica sobre la masonería *Humanum Genus*, “El género humano”, *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta*, Akademische Druck-Verlagsanstalt, Graz 1971, 43-70 pp. 50-60, abril 1884), la subordinación y sometimiento de la religión a la ética, el enaltecimiento de la cosmovisión laicista, etc. El 17.3.1913 se hizo pública una nota enviada al Ministerio de Instrucción Pública por varios profesores. En ella solicitaban la extensión de la libertad de conciencia, que tenían ya los catedráticos de la Universidad, a los maestros y que, para ello, se suprimiera la clase de catecismo católico en las escuelas. Aunque no todos los firmantes –entre ellos Morente, Ortega y Gasset- fueran masones, fue promovida por masones ahora declarados: Miguel Morayta (Gran Maestro del GOE 1889-1901, 1906-1917), Luis Simarro (Gran Maestro del GOE, 1917-1921), Fr. Giner de los Ríos, Melquiades Álvarez. Se discute sobre la iniciación masónica de José Ortega y Gasset. Pudo ser masón, pero no consta, aunque ciertamente lo fue su hermano Eduardo, dato que puede haber contribuido a originar alguna confusión y hasta el debate.

2.5.8. ¿Posibles pistas documentales de su iniciación masónica?

Son indicios que convergen en la misma dirección, a saber, Morente, si no fue formalmente masón, su mente y escritos son masónicos en el sentido dicho. Es cierto que no figura en las listas de masones ilustres y benefactores de la humanidad en las cuales suelen incluir a personajes que han pertenecido a la masonería durante muy poco tiempo (Ramón y Cajal, Voltaire, etc.) e incluso a quien nunca fue masón y que rechazó el título honorario de masón (Isaac Peral Caballero, el verdadero inventor del submarino) (cf. *Masonería, religión y...*, 294-298). Pero el imperio laicista ha podido aplicar a Morente la *damnatio memoriae* tras su conversión sobrenatural y tan notoria y su ordenación sacerdotal como han hecho con Robespierre, aunque por un motivo muy distinto, a saber, en el caso de este último por su implantación del régimen llamado con razón del “Terror”.

Juan de la Cierva Peñafiel, político, ministro en el reinado de Alfonso XIII, abjuró de la masonería en la iglesia de san Nicolás de Murcia a sus 30 años de edad cuando era alcalde de esta ciudad. Si hubiera sido necesaria la abjuración para retornar al seno de la Iglesia católica, podría conservarse algún documento escrito en el archivo de alguna diócesis (Pontevedra, Tuy, etc.) y, en el supuesto afirmativo, podría afirmarse la iniciación de Morente en la masonería. Pero, según la interpretación del canon 2335 del CIC, vigente en los años 1917-1983 por expertos canonistas (Juan Durán, etc.), “bajo el régimen del CIC 1917 no se exigía la abjuración del que había sido masón”, pues la pertenencia a la masonería era un delito canónico, penado con “excomuni3n en la que se incurría *ipso facto (latae sententiae)* o por la simple comisi3n del delito”, pero no “específicamente apostasía”.

No obstante, no habrá apostasía formal, que exige un documento firmado (algo que nunca hará un mas3n para no revelar su identidad) y su consignaci3n en la partida de bautismo. Pero la hay real, pues “los principios de la masonería han sido

considerados siempre inconciliables con la doctrina de la Iglesia” (Congregación de la Doctrina de la Fe, *Declaración sobre las asociaciones masónicas*, 26.11.1983, cf. AAS 76,1984, 300), y ritual: parodia de la Santa Misa (iniciación en el grado 18º); pisar una cruz con el pie izquierdo y luego con el derecho mientras se pide el destierro de este signo no del Amor de Dios, sino del “oprobio y tortura” (grado 29º), pisar tres cráneos, una de ellas con la tiara pontificia, o sea, símbolo del papado y de la Iglesia católica, así como del fanatismo e intolerancia (grado 30º), la adoración de Baphomet (Lucifer) haciendo la genuflexión con la pierna izquierda mientras su imagen es llevada en procesión alrededor del “templo”, o sea, de la sala de reuniones en la logia (grado 29º en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado).

Si Morente perteneció a la masonería, aunque no hubiera habido retractación eclesiástica o abjuración escrita de la misma en la forma estatuida, pudo haber retractación civil, y esta en un plazo muy limitado de tiempo, “dos meses” a partir de la “Ley de 1 de marzo de 1940 sobre represión de la masonería y del comunismo” (artículo 7º). Le quisieron aplicar la ley de responsabilidades políticas (cf. IV). Se abrió un expediente contra Morente. No podían acusarle de comunista, pues resultaba evidente que no lo era. Luego la acusación solamente podía ser de masonería (cf. IV). Según sus familiares, le llamaron a declarar sobre sus conocidos, pero nunca denunció a nadie. Conviene recordar que Morente en marzo de 1940 era seminarista, clérigo (tonsura: hábito talar o sotana: 6, octubre, 1940), subdiácono (27 del mismo mes, entonces: obligación del rezo del breviario y de vida célibe), diácono (24, noviembre), sacerdote (21, diciembre, 1940). No cabe duda que estas circunstancias y la protección de su obispo don Leopoldo Eijo y Garay serían la mejor salvaguardia de Morente en caso de necesidad. Falta un estudio exhaustivo y documentado de este periodo vital de Morente que permita comprobar si y cómo se entreveran los pasos de su proceso clerical y los del político-judicial.

III. LA CONVERSIÓN

Las conversiones, mucho más las llamativas: san Pablo (Hch 22,3-22), André Frossard (*Dios existe y yo me lo encontré*, Rialp, Madrid 1995⁶), etc., parecen ser una irrupción torrencial de la gracia divina o del Espíritu Santo, que remueve y trastrueca toda la estructura interior: la mente y el corazón del convertido. No obstante, de ordinario la conversión no se opera así. Suele ser obra de la filtración lenta de la gracia divina como la gota de agua que va impregnando a la persona hasta que, reblandecida, cede y cae la consistencia interior, que es renovada o sustituida por otra nueva. Así le ocurrió a san Agustín como él mismo lo describe magistralmente en los libros V-VIII de sus *Confesiones*. Morente mismo parece adelantarse al título y experiencia de Frossard, así como presentir su encuentro con Dios cuando no le buscaba y seguramente ni pensaba en Dios encarnado, en Jesucristo: “A Dios no se le busca, se le encuentra sin haberlo buscado. Decía Pascal, que es quizá el hombre que

más cerca ha tratado a Dios: `yo no lo buscaría si no lo hubiera ya encontrado’” (*Metafísica*, en *Obras*, I/1, 374). ¿Pero, cómo fue de hecho la conversión de Morente?

3.1. La galerna previa zarandea la nave existencial de Morente

Porque *No fue posible la paz* (título de la autobiografía de José María Gil Robles, jefe del partido político la CEDA, “Confederación de Derechas Autónomas), estalló un “levantamiento nacional” el 18.7.1936, que degeneró en guerra civil

3.1.1. El asesinato presumiblemente martirial del yerno de Morente

Desde agosto de este año una serie de acontecimientos, sobrevenidos sin Morente quererlos, condicionan la vida de este insigne filósofo: “martirio” de su hijo político, “ingeniero de montes e ingeniero geógrafo (...), el 28 de agosto de 1936 en Toledo (...), de acendrada religiosidad. Pertenecía a la Adoración nocturna. Acaso esta circunstancia no haya Sido totalmente ajena a su desgraciada muerte (...). Yo sentía por mi yerno un gran Cariño, mezclado con algo así de respeto y admiración. Era un joven de 29 años, digno de amor por todos los conceptos. Su conducta moral había sido siempre ejemplar (...). Recibí la noticia de su muerte estando yo en la Universidad en el acto de entregar el decanato (...) a mi sucesor, Señor Besteiro (maestro del socialismo, presidente del PSOE y de UGT, discípulo de Giner de los Ríos, amigo de Morente). (...) Y la impresión que la noticia me produjo fue tal que caí desvanecido al suelo” (*Carta*, 1-2). En cuanto a los números, Morente a veces carece de la escrupulosa precisión que suele tener en el uso de las palabras. Así ocurre respecto a la edad de su hija viuda y de sus nietos cuando murió su esposo y padre (cf. por ejemplo *Obras* II/2, 502,508, etc.). La nieta ofrece la solución segura: “Al morir mi padre, mi madre tenía 22 años y sus hijos, la niña 16 meses y el niño dos meses. Mi madre, María Pepa murió en 2004. Mi tía Carmen, religiosa de la Asunción, vive en Collado Mediano (Madrid) con 96 años” (*Carmen Bonelli G.-Morente*). Esta realidad inesperada fue el primer aldabonazo en el espíritu de Morente, llamada a la conversión, todavía no escuchada conscientemente como tal.

3.1.2. Desposeído de su actividad profesional (cátedra, decanato)

“Mi sensibilidad, que de suyo es sutil y excitable, se exacerbaba por momentos (...), En mi casa reinaba el silencio trágico de la angustia y el terror. Yo no salía en absoluto a la calle. (...) Un día quemamos en la caldera de la calefacción la documentación y correspondencia que guardaba del año en que desempeñé la Subsecretaría de Instrucción Pública en el gobierno del general Berenguer. Al día siguiente –fue providencial- registraron la casa” (*Carta*, 4). “Mi casa fue registrada varias veces. Yo vi cómo mis pobres hijas y cuñada escondían o destruían todos sus libros y objetos de devoción” (*Carta Eijo. Obras*, II/2, 508).

El gobierno le ha destituido de su cátedra de Ética (obtenida por oposición cuando tenía 25 años de edad, el catedrático más joven de su tiempo) y, el 28 de agosto de 1936, del decanato de Filosofía y Letras (elegido en 1931 por unanimidad) en la Universidad Central, ahora Complutense (Madrid). Tenía que atender a las

necesidades suyas y de otras siete personas (dos hijas, una cuñada, una tía, los dos nietecillos y *“la antigua criada que tenemos desde hace 26 años”*) (Carta, 1, 3-4),

3.1.3. *Decretan su muerte. ¿Por qué?*

Le han quitado violenta e injustamente a su yerno, la cátedra y el decanato. Un mes más tarde pretenden arrebatarle la vida. Como remate, *“el 26 de septiembre, recibí por la mañana temprano el aviso confidencialísimo (de Julián Besteiro) de que urgía me ausentara de mi casa y si posible de España, pues se había acordado (...) darme muerte”* (Carta, 5). *“Dos o tres días después recibí aviso confidencial de que los de la F.E.T.E. (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza, en la cual predominaban los maestros marxistas) se proponían detenerme en mi casa y asesinarme”* (Carta Eijo, Obras, II/2, 508; también en *A Don Serapio Huici, Vigo, 15.7.1938, Obras, II/2, 514*). Una Comisión del Ministerio de Instrucción Pública (ministro: el comunista Jesús Hernández Tomás) había elaborado una lista de profesores a *“depurar (tal era la palabra usada)”* (Al general Dávila, Obras, II/2, 502), encabezada por Manuel G. Morente.

¿Motivos de su “purga”? Morente los desconoce. *“He cometido en mi vida muchos errores y muchísimos pecados, pero por más que busco e inquiero mi pasado, no encuentro en él ni sombra de intención dañina o malévolas para con nadie. No recuerdo haber jamás hecho daño a sabiendas a nadie. Por eso en mi ingenuidad he creído (...) no tener enemigos. ¿Resulta ahora que los tengo? Pues quisiera conocerlos y saber de qué me acusan para averiguar si tienen razón y dársela si en efecto la tienen; o si no la tienen, y, en este caso, perdonarles y buscarles yo mismo las disculpas y explicaciones más favorables de su conducta para conmigo. Pero en ningún caso para indignarme ni afectarme”* (A don Javier Lasso de la Vega, Poyo, 27.9.1938; Obras, II/2, 520). A parte de la ideología comunista del entonces ministro de Instrucción Pública, así como del ambiente de anarquismo y muerte, que predominaba en aquellas circunstancias, se ha atribuido el acuerdo sobre el asesinato de Morente a su pasada pertenencia a un gobierno monárquico y a no haber promocionado a maestros marxistas, “insuficientemente preparados”. El mismo Morente manifiesta: *“me acusaban de haber, como decano, hostilizado a los maestros y favorecido a los fascistas”* (Carta Eijo, Obras, II/2, 508). *“Por dos veces me negué a proceder contra determinados catedráticos (entre ellos D. Pedro Sainz) y determinados alumnos”* (A Don Javier Lasso de la Vega en Obras, II/2, 520). Pedro Sainz Rodríguez, catedrático de la Universidad Central, masón, fue ministro de Instrucción Pública en el primer gobierno de Franco en Burgos (1938-1939), monárquico acérrimo luego se exilió a Portugal, donde fue Gran Maestro de la Confederación (masónica) Provincial Ibérica (hispano-lusa) (M. Guerra, *Masonería, religión y...*, 229-230). Le acusaban también de *“haber mantenido durante mi decanato una actitud legal, negándome a conceder privilegio alguno a la asociación estudiantil denominada F.U.E. (Federación Universitaria Española), no aceptando por*

profesores universitarios a unas personas insuficientemente preparadas” (Al general Dávila, en Obras, II/2, 502), también “mi crimen era haber sido subsecretario de Instrucción pública en el gobierno del general Berenguer” (Carta Eijo, Obras, 508).

Huye a París –vía Valencia y Barcelona- sin decírselo a nadie, ni siquiera a sus dos hijas. *“En Barcelona pasé un susto enorme. Estuve a punto de ser detenido, habiéndome confundido con otra persona (...). Llegué a París el dos de octubre. Tenía setenta y cinco francos en el bolsillo” (Carta, 5).*

3.1.3. *Mi vida es mía, pues la vivo yo, pero no es mía porque me es dada*

“Llegué a París sin dinero y con el alma transida de angustia y dolor y, además, corroída por preocupaciones de índole moral. ¿Había hecho bien en abandonar mi casa y a mis hijas y ponerme egoístamente a salvo? (Carta, 6). Varias veces Morente sufrirá la dolorosa desgarradura de su conciencia que unas veces le acusa de “fugitivo, egoísta, cobarde” y otras “me absolvía y aun me aplaudía de prudente y precavido (...). Si me hubiera quedado, me habrían asesinado o por lo menos encerrado en prisión y no podría haber auxiliado a mi gente” (Carta, 6, 13,14). Varios católicos más –laicos y clérigos-, salidos de España en aquellas mismas circunstancias y tiempo, tuvieron esa misma experiencia.

Fracasan todos sus intentos para que sus hijas y nietecillos se reúnan con él (petición para que mediaran la Cruz Roja internacional, la embajada inglesa) (Carta, 10) y para encontrar un medio estable de subsistencia que le permitiera salir de la absoluta precariedad en que se encontraba. Reside en *“el cuarto de un buenísimo amigo, español (Dr. Ezequiel de Selgas) con cama y armario. Una buenísima señora, francesa (M. Malovoy), viuda de un antiguo compañero de estudios en la Sorbona –muerto gloriosamente por su patria en 1914- me ofreció caritativa la mesa (comida y cena) de su hogar” (Carta, 7). El insomnio, que Morente padecía normalmente, se incrementada cuando le afectaba “alguna emoción profunda, tenaz, taladrante”. Lógicamente “en París el insomnio fue el estado casi normal de mis tristísimas noches” (Carta, 8-10). Para que D. José María García Lahiguera pueda discernir sobre la naturaleza –sobrenatural o no- del Hecho extraordinario (una percepción de Jesucristo sin sensaciones), Morente expone su pormenorizada historia clínica: estado físico y psíquico, insomnio, régimen alimenticio, tabaco (casi no cesaba de fumar), café, trastornos nerviosos, impactos emocionales, sensibilidad (Carta, 8-10, 12, 13,35, etc.,).*

Pero, a partir de enero de 1937, una serie de hechos aparentemente fortuitos cambian el panorama:

-1) la propuesta de la editorial *Garnier frères* (“Hermanos Garnier”) para elaborar un diccionario francés-español y español-francés (Carta, 11-12);

-2) la oferta de la cátedra de Filosofía en la Universidad de Tucumán posibilita la ida de todos a Argentina (Carta, 12-13);

-3) caer en la cuenta de que la placa “Rue de la Assomption” indicaba la calle donde se encontraba el convento fundacional de las religiosas asuncionistas, en cuyos colegios habían estudiado “mi buenísima esposa” y las hijas, consiguiendo localizarlo enseguida (*Carta*, 14-16);

-4) el encuentro en la casa parisina de Ortega y Gasset con el padre del secretario particular de Juan Negrín (masón, anticlerical, relacionado con la ILE, presidente del Gobierno -17.5.1937-1.4.1939), entonces ministro de Hacienda en el gobierno del masón y “Lenin” español Largo Caballero, hará posible el traslado de la familia de Morente a París (*Carta*, 16-19). Por fin, tras nueve meses de espera (octubre 1937-junio 1938), a veces totalmente desesperanzada, con no pocas vicisitudes y zozobras, gracias a Juan Negrín, ahora presidente del gobierno, “*el 9 de junio (1937) tuve la alegría inmensa de abrazar a mis hijas y nietos. Me encontraba al frente de una familia de seis personas mayores y dos niños (...) El 17 de julio llegamos a Tucumán*” (*Carta*, 66).

Conclusión: La frase: mi vida es mía, pues la vivo yo, pero no es mía porque me es dada, resume su actitud interior. Le sigue la posterior disquisición: “*Alrededor de mí o, mejor dicho, sobre mí e independientemente de mí, se iba tejiendo, sin la más mínima intervención de mi parte, toda mi vida*” (*Carta*, 17). “*Desde que empezó la guerra (18.7.1936) yo no había intervenido ni poco ni mucho en mi propia vida, en la contextura real de los hechos de mi propia existencia. Mi vida, los hechos de mi vida, se habían hecho sin mí, sin mi intervención. En cierto sentido cabía decir que yo los había presenciado, pero de ningún modo causado. ¿Quién, pues, o qué, o cuál, era la causa de esa vida que, siendo mía, no era mía? Porque lo curioso y extraño es que todos esos acontecimientos eran hechos de mi vida, esto es, míos; pero por otra parte no habían sido causados ni provocados ni siquiera sospechados por mí, esto es, no eran míos (...). No encontraba yo a esta antinomia más que una solución: algo o alguien distinto de mí hace mi vida y me la entrega, me la atribuye, la adscribe a si ser individual. El que algo o alguien, distinto de mí, haga mi vida, explica suficientemente el porqué mi vida, en cierto sentido, no es mía. Pero el que esa vida, hecha por otro, me sea como regalada o atribuida a mí, explica, en cierto sentido, el que yo la considere como mía.*” (*Carta*, 27-28).

Pero, “*¿quién es ese algo distinto de mí que hace mi vida en mí y me la regala?*” (*Carta*, 28). Se plantea tres posibles respuestas: Azar, Destino, Providencia. Pero, las va rechazando. En los tres casos se trata de algo impersonal, abstruso, como una mole y energía amorfa, aunque poderosa y aplastante, compatible con el “Dios de los filósofos, en que se piensa, pero al que no se reza” (*Carta*, 37), al que se teme, pero que no es amor ni se le ama. Además, Dios no existe, pero, si existiera, ¿se va a entretener haciéndome sufrir? “*¿Qué puedo esperar –pensaba yo– de un Dios que así se complace en jugar conmigo*” (*Carta*, 38). Se rebela “*contra ese Dios inflexible, cruel, despiadado. Me apareció claramente que solo una cosa era libre de hacer para*

mostrar mi oposición a esa Providencia que se me antojaba inaccesible y hostil: quitarme la vida. Así el estoico contemplaba en el suicidio el acto de suprema libertad humana. Pero tan pronto como me di Cuenta de la conclusión a la que había llegado me espanté de mí mismo. No por la idea del suicidio en sí (...), sino más bien por la absoluta ineficacia de un acto así, que a nada conducía, que nada resolvía” (Carta, 39).

3.2. La conversión del corazón o el cambio de rumbo de la nave existencial de Morente

Si no en todas, al menos en la gran mayoría de las conversiones acaece en primer lugar la conversión del corazón en el sentido arcaico de este término (= interioridad) o, con otras palabras, el cambio de rumbo de la nave personal que navegaba en una dirección y, aparentemente de repente, toma otra distinta, tal vez la opuesta, por el impulso de una corriente impetuosa del viento sobre sus velas. Cansado de reflexionar filosóficamente sobre el origen de sus males y del mal, sobre *“¿quién es ese algo distinto de mí que hace mi vida en mí y me la regala?”* y, tras la tentación de suicidio, decide *“tomar algún descanso, procurarme algunas horas de tregua en el pensamiento” (Carta, 40)*. Sintoniza la radio. Escucha piezas de César Frank, de Ravel y *L’ enfance de Jesús* de Berlioz, *“algo exquisito, suavísimo, de una delicadeza y ternura tales, que nadie puede escucharlo con los ojos secos”*. Cf. López Quintás, A., *La transformación espiritual de Morente y la fuerza expresiva de la música*, “Cuadernos de Pensamiento” 2(1988) 21-42; Velado Domínguez, O., *75 aniversario de la conversión de Manuel García Morente. ¿La música como “preludio” de un acto de fe*, “Teología Espiritual” 167 (2012) 177-191) Las tres partes de esta obra musical refieren directamente la persecución del Niño por Herodes, la huida de la Sagrada Familia a Egipto y su llegada a Saïs en el delta del Nilo, pero con interferencias de otras escenas evangélicas. Morente contempla a Jesucristo *“caminando de la mano de la Santísima Virgen; o sentado en un banquillo y mirando con grandes ojos atónitos a San José y a María (...), el perdón de la mujer adúltera, la Magdalena lavando y secando los pies del Salvador, Jesús atado a la columna, el Cirineo, las Santas Mujeres al pie de la cruz”, “Cuando termino cerré la radio para no perturbar el estado deliciosa paz, en que esta música me había sumergido” (Carta, 40-41).*

“Y así poco a poco fuése agrandando en mi alma la visión de Cristo, de Cristo hombre, clavado en la Cruz, en una eminencia, dominando un paisaje de inmensidad, una infinita llanura pululante de hombres y mujeres, niños, sobre los cuales se extendían los brazos de Nuestro Señor Crucificado. Y los brazos de Cristo crecían, crecían y parecían abrazar a toda aquella humanidad doliente y cubrirla con la inmensidad de su amor; y la Cruz subía, subía hacia el Cielo y llenaba el ámbito todo y tras de ella también subían muchos, muchos hombres y mujeres y niños; subían todos, subían todos, ninguno se quedaba atrás; solo yo, clavado en el suelo, veía

desaparecer en lo alto a Cristo, rodeado por el enjambre inacabable de los que subían con él; solo yo me veía a mí mismo, en aquél paisaje ya desierto, arrodillado y con los ojos puestos en lo alto y viendo desvanecerse los últimos resplandores de aquella gloria infinita, que se alejaba de mí” (Carta, 41-42). Jesucristo es el Dios de la fe cristiana, cercano, misericordioso, que contrasta con el Dios de la filosofía y con el impersonal, amorfo, del Dios-Idea y de lo divino panteísta, o sea, con lo divino aceptado hasta ahora, no sin cierto escepticismo por Morente.

*“Esta visión tuvo un efecto fulminante en mi alma. ‘Ese es Dios, ese es el verdadero Dios, Dios vivo, esa es la Providencia viva’ –me dije a mí mismo-. Ese es Dios, que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los Consuela, que les da aliento y les trae la salvación”. Alude luego al “Dios teórico, de la filosofía (...). ¡Demasiado lejos, demasiado ajeno, demasiado abstracto, demasiado **geométrico** inhumano” (Carta, 43-44; cf. 1). Y de nuevo el contraste: “Pero Cristo, pero Dios hecho hombre. Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, a ese sí que lo entiendo y ese sí que me entiende”. La conmoción interior le hace caer de rodillas. “Empecé por balbucir el Padrenuestro. Y ¡horror! Don José María, se me había olvidado! Permanecí de rodillas un gran rato, ofreciéndome a Nuestro Señor Jesucristo con las palabras que se me ocurrían buenamente. Recordé mi niñez; recordé a mi madre” (Carta, 43-44). “Al cabo de una hora de esfuerzos” consigue recomponer el texto completo del padrenuestro y del avemaría, que escribe “en un librito de notas” y repite “innumerables veces” hasta aprenderlas de memoria. Pero, aunque lo intenta, no logra recomponer el Credo, ni la Salve, ni el Señor mío Jesucristo (Carta, 44-45).*

“Sentado en un sillón, a través del cristal de la ventana veía todo París y en el fondo la masa oscura de Montmartre. ¡Mons Martyrum! (= “Monte de los mártires”). Los mártires, con su aceptación de la voluntad divina por amor, le ofrecen la clave para solucionar “el problema de la vida en mí y fuera de mí” mediante la unidad entre la voluntad humana y la divina. “La gracia de Dios les inundaba (...); pero además ellos mismos recibían y aceptaban sumisamente esa gracia y todo cuanto Dios les enviaba. ¡Sumisamente y libremente! Sabían lo que hacían lo que querían, al querer conformarse con lo que Dios quería en ellos (...). Y postrado de rodillas, (...) recité con íntimo fervor una vez más el Padrenuestro, entregando libremente toda mi voluntad en la manos llagadas de Nuestro Señor Jesucristo” (Carta, 46-48).

Morente se asombra de la instantaneidad de su conversión. Por eso se pregunta si se ha ido gestando en su interior: *"Es verdaderamente extraordinario e incomprensible cómo una transformación tan profunda pueda verificarse en tan poco tiempo. ¿O es que la transformación se va verificando en el subconsciente desde mucho antes de darse uno cuenta de ella? En este caso, el darse cuenta sería simplemente el final –único consciente- de una previa evolución subterránea e*

inconsciente. Sea lo que fuere, lo cierto es que me veía a mí mismo convertido en otro hombre. ¡Qué exacta es la frase de San Pablo acerca de los dos hombres!” (Carta, 45). Esto explica que tan pronto como descubre la Verdad se lanza sin paracaídas hacia la misma, llegado a ser un gran enamorado de Jesucristo. Morente es consciente de que su conversión es obra del amor misericordioso de Dios. Pero su terreno estaba hasta cierto punto preparado para recibir la lluvia torrencial de la gracia divina. Su mente era librepensadora, laicista, radicalmente opuesta a lo sobrenatural. Pero su talante vital estaba marcado por la honradez, la caballerosidad, la verdadera tolerancia y respeto de los demás; sus personas más queridas (esposa, hijas, otros familiares) eran católicas practicantes; dotado de una delicada sensibilidad para los valores naturales (éticos, intelectuales, estéticos); durante su decanato admitió como profesores a católicos, incluso a sacerdotes de competencia manifiesta. Hombre de palabra y ético para consigo mismo, o, si se prefiere, como el “Caballero de la mano en el pecho” del Greco, al que más tarde propone como símbolo del caballero cristiano.

3.3. El “Hecho extraordinario”, que confirma la conversión

Para evitar confusiones conviene distinguir entre el “acontecimiento” o “el Hecho extraordinario” en sí mismo, o sea, la vivencia mística experimentada por Morente, y el *Hecho extraordinario* (en cursiva), es decir su “descripción” o “relato”, redactado por Morente en su doble texto, a saber, “el borrador” y el “original” o, si se prefiere, el verdaderamente definitivo (cf. **Fuentes**).

En ese instante, a media noche del 29 al 30 de abril (1937), le sobreviene el “Hecho” que el mismo Morente califica de “extraordinario”, obra exclusivamente de la gracia de Dios: *“No encuentro otra manera de explicar la vivencia que experimenté en esa noche inolvidable para mí. Porque me resisto resueltamente a pensar que a mí, a mí, tan depravado y miserable, haya querido Dios concederme un minuto siquiera de su presencia. A lo sumo podría quizás suponer que Dios, queriendo afianzar mi conversión con una gracia tan profunda, que se grabase inolvidablemente en mi alma, permitió que se produjese en mi mente ese fenómeno objetivo, cuyo recuerdo indeleble fuese capaz de ayudarme a perseverar victorioso frente a todas las asechanzas, dificultades e inconvenientes, que por necesidad habían de oponerse a mi vocación”* (Carta, 61-62).

“Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí. En la habitación no había más luz que la de una lamparita eléctrica, de esas diminutas, de una o dos bujías, en un rincón. Yo no veía nada; no oía nada; no tocaba nada; no olía nada. No tenía la menor sensación. Pero Él estaba allí. Yo permanecía inmóvil agarrotado por la emoción. Y le percibía; percibía su presencia con la misma claridad

con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras –negro sobre blanco- que estoy trazando. Pero no tenía ninguna sensación, ni en la vista, ni en el oído, ni en el tacto, ni en el olfato, ni en el gusto. Sin embargo le percibía allí presente, con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que le percibía, aunque sin sensaciones. ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé. Pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada, le percibía con absoluta e indubitable evidencia. Si se me demuestra que no era Él o que yo deliraba, podré no tener nada que contestar a la demostración; pero tan pronto como en mi memoria se actualice (subrayado en el original) el recuerdo, resurgirá en mí la convicción inquebrantable de que era Él; porque lo he percibido.

No sé cuánto tiempo (según sus cálculos posteriores tal vez “poco más de una hora”) permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello -Él allí- durara eternamente porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo que nada es comparable al deleite sobrehumano que sentía. Era como una suspensión de todo lo que el cuerpo pesa y gravita, una sutileza tan delicada de toda mi materia, que dijérase no tenía corporeidad; como si yo todo hubiese sido transformado en un suspiro o céfiro o hálito. Era una Caricia infinitamente suave, impalpable, incorpórea, que emanaba de Él, y que me envolvía y me sustentaba en vilo, como la madre que tiene en sus brazos al niño. Pero sin ninguna sensación de tacto (Carta, 49-51).

Trata de explicar la naturaleza de esta su experiencia. Precisamente para eso, para que discierna si es o no sobrenatural, escribe el relato *el Hecho extraordinario*, y se lo entrega como una carta a su director espiritual, D. José María García Lahiguera. Morente solo encontró otra experiencia similar –no igual-, la descrita por santa Teresa de Jesús en el capítulo 27 de su *Vida (Carta, 54-56)*. La experiencia mística de Morente fue una gracia actual eficaz extraordinaria, *gratia gratis data* (“gracia dada gratuitamente”) que –a pesar de la resistencia de Morente a hacerlo público- ha beneficiado a los conocedores de la conversión de Morente y del relato *el Hecho extraordinario* y también al mismo Morente. Fue asimismo una “visión” no corporal (no captada por los sentidos exteriores), ni imaginaria (con imágenes en la imaginación o fantasía), sino intelectual (sin imágenes, “percepción sin sensaciones” –Morente-). En esto, como en casi todo, resulta ideal acudir a las fuentes auténticas, es decir, a los expertos porque lo han experimentado: santa Teresa de Jesús, *Vida*, caps.14-25; *Moradas*, 6ª, caps. 8 ss. San Juan de la Cruz, además, señala tres clases de visiones y de locuciones intelectivas. De estas solo las intelectivas substanciales (no necesariamente las sucesivas ni las formales) pueden ser catalogadas siempre como sobrenaturales o ciertamente de origen divino y causan un efecto tan sobrenatural, instantáneo, gozoso, soberano o eficaz y permanente que superan cualquier potencia diabólica o humana (cf. san Juan de la Cruz. *Subida al Monte Carmelo*, II, caps. 10-32).

3.4. La conversión de la mente

3.4.1. El cambio de su mente y pensamiento

La nave ha cambiado de dirección y, si se quiere, de modo brusco e inesperado. Pero continúa siendo la misma nave con el mismo instrumental y carga. Cuando se convirtió Manuel García Morente, su pensamiento, su estructura mental especulativa, cambió pronto y radicalmente en aspectos clave, en toda una cosmovisión, o, si se prefiere, en la dirección de la nave. No obstante, seguía conservando un gran bagaje y un instrumental neokantiano, bergsoniano, fenomenológico –Husserl, Scheler-, orteguiano, que allí estaba e influía. Algo parecido le aconteció a Jacques Maritain (1882-1973), bautizado junto con su esposa Raïssa en 1906, el cual, a pesar de su vocación filosófica, llegó a publicar artículos, incluso sobre culinaria, para evitar que la razón, la filosofía, enturbiara su fe hasta que el P. Sertilange O. P. le puso en contacto con santo Tomás de Aquino.

Inmediatamente después del Hecho extraordinario Morente siente la necesidad de cambiar los muebles y el decorado de su mente, o sea, de cristianizarla. *“Lo primero que haré mañana, será comprarme un libro devoto y algún buen manual de doctrina cristiana. Aprenderé las oraciones; me instruiré lo mejor que pueda en las verdades dogmáticas, procurando recibirlas con la inocencia de niño, es decir, sin discutir las ni sopesarlas por ahora. Ya tendré tiempo de sobra, cuando mi fé sea sólida y robusta (...) para reedificar mi castillo filosófico sobre nuevas bases. Compraré también los Santos Evangelios y una vida de Jesús. ¡Jesús, Jesús! ¡Bondad! ¡Misericordia!”* (Carta, 48-49). Expresa también su *“necesidad de una dedicación completa de mi inteligencia al estudio de las verdades divinas”* en su carta a su obispo Eijo y Garay (27.4.1938, en *Obras*, II/2,510, etc.,).

El 29 de junio de 1938 se entrevista con su obispo. Siguiendo sus directrices, estudia teología en el convento mercedario del Poyo (Pontevedra) –*“yo, aquí en este convento, estoy dedicado exclusivamente a la oración y al estudio”* (Carta a don Antonio Obregón, Poyo, 2.11.1938 en *Obras*, II/2, 523). En una carta a sus hijas. Tía y cuñada desde Poyo (3.2.1938, en *Obras*, II/2, 546): *“Hoy me he ido yo solo a 500 metros del convento, junto al mar, entre pinos y he estado dos horas sentado allí, casi mojándome los pies y leyendo... ¿qué, diréis? Pues la Suma Teológica de Santo Tomás (en una edición de bolsillo publicada en Francia por los dominicos)”*. En la *Summa Theologiae* (I-II, q. 109-114) estudió el tratado de la gracia divina. La muerte repentina le sobrevino en la cama con la *Suma Teológica* en la mano (cf. 6).

Una vez liberado Madrid, prosiguió los estudios en su seminario. Morente fue uno de los 195 seminaristas matriculados en septiembre del curso 1939-1940 en el Seminario Mayor de la diócesis madrileña. Por dispensa pontificia hizo los estudios de los cursos teológicos “de un modo intensivo”. Su vida en el seminario y su horario era

el común a todos los seminaristas, condiscípulos suyos, exceptuadas las clases que impartía en la Universidad Central. La conversión de la mente va haciéndose más completa y profunda, especialmente con la ayuda de la *Summa Theologiae* de santo Tomás de Aquino. Por encargo de la editorial Espasa-Calpe tradujo la *Suma Teológica*, aunque no la terminó. Pronunció dos conferencias importantes: *La razón y la fe en santo Tomás de Aquino* y *El clasicismo de santo Tomás de Aquino* con ocasión de su festividad (entonces el 7, marzo) en dos años consecutivos (1940, 1941) en la Universidad de Valladolid. Más aún, piensa en "convertir" el pensamiento filosófico moderno.

3.4.2. *La nueva tarea y el pensamiento filosófico-teológico de Morente, filósofo y pensador cristiano*

¿Qué habría ocurrido si no hubiera muerto repentinamente y tan pronto, siete años después de su conversión, y solo dos de sacerdote, a los 56 años de edad? No es arriesgado etiquetar a Morente como "tomista", al menos en su sentido amplio. Estudió y conoció la doctrina teológica de santo Tomás con el trasfondo de su pensamiento filosófico. Más aún, lo estaba estudiando cuando le sorprendió la muerte repentina en la cama con la *Summa Theologiae* en la mano (cf. 5.7). Todos reconocen y alaban la "honradez" (ahora la llaman "honestidad") humana e intelectual de Morente. Luego habrá que creerle cuando se llama tomista (cf. *La razón y la fe en Santo Tomás de Aquino* (año 1940) y *El clasicismo de Santo Tomás* (1941) (*Obras*, II/2, 59-71 y 91-104 respectivamente).

Morente había concebido una "filosofía", un "nuevo proyecto metafísico-ético", que él llamada "abierto" a la realidad, a la transcendencia (Dios, vida eterna), a la fe cristiana y a la mística sobrenatural. Al entrar en la Iglesia católica y convertirse su mente Morente tuvo que desnudarse de su ropaje filosófico anterior en cuanto filosofía "cerrada" tanto a la realidad objetiva por el subjetivismo e idealismo como a la transcendencia y sobrenaturalidad por el agnosticismo y laicismo. Pero no podía permanecer desprovisto del pensamiento filosófico. Por eso, se cubrió con la vestidura tomista a modo de uniforme que manifestaba y hacía posible la apertura de su mente racional y de su filosofía a lo religioso (teología natural, que antes desechaba) y a lo cristiano. Basta leer ya su curso en Buenos Aires (año 1934) *De la Metafísica de la Vida a una Teoría de la cultura* para comprobar cómo estaba abierto a la realidad que es la vida. En la vida incluye el yo, el nosotros y el mundo, reflejado por su admirado Ortega y Gasset en su sentencia: "Yo soy yo y mi circunstancia", pero sin Dios y sin lo sobrenatural, que –según Morente– se hallarían muy lejos y ajenos, más allá de la vida, de esta vida. Deja así abierto el acceso a la noción y realidad del "ente", del "ser" y su analogía, que le sorprenderá y aceptará cuando, tras su conversión, estudie a santo Tomás. Morente, además, tras su conversión sigue "abierto" a lo aprovechable de los filósofos modernos, especialmente Kant, Bergson,

Husserl, Max Scheler, Ortega y Gasset, para la reconstrucción de su “castillo filosófico” (cf. 3.4.1).

Su hija Carmen: *“Mi último recuerdo se refiere al otoño de 1942 (...) Lo que más profundizaba en aquellos días era la Ética de valores de Max Scheler, y con sencillez y amenidad nos comunicaba sus ideas y pensamientos”* (en *Obras*, 593). Scheler admitía los valores religiosos y los sobrenaturales, que Morente –antes de su conversión– ni valoraba ni reconocía como existentes. (cf. una exposición sistematizada del nuevo proyecto metafísico y ético de Morente en Montiu, *Vida y pensamiento...*, pp. 312-360) (cf. 3.4.1-2). Ya en sus tiempos de Poyo (1938-1939) pensaba “hacer filosóficamente con Kant y otros pensadores modernos una labor de incorporación como la del Angélico (santo Tomás de Aquino) con el aristotelismo” (Forment, Eudaldo, *García Morente y la filosofía moderna*, “Veritas” 124 –diciembre 1986-, 538).

Cuando la editorial Espasa-Calpe le pide que publique “en un tomito” las dos conferencias pronunciadas sobre Dios en Buenos Aires (mayo, 1938), inmediatamente antes de su regreso a España, Morente reconoce que es *“enormemente prematuro el esfuerzo hecho por mí para expresar en los términos de la filosofía actual las convicciones básicas y religiosas que desde meses antes se habían apoderado de mi alma. Pero cuando pronuncié esas conferencias no tenía aún una noción clara del problema que dentro de la doctrina católica (subrayado en el original) se plantean en torno a esta cuestión. Sigo creyendo, como en mayo de 1938, que se puede y se debe (subrayado en el original) verter toda la verdad cristiana católica (sin menoscabarla en lo más mínimo) dentro de las formas y en el ambiente intelectual de la filosofía contemporánea y confío en que, Dios mediante, estaré algún día en condiciones de hacerlo”*. Pero no accede al proyecto de Espasa-Calpe porque sería como “desflorar torpemente” una cuestión merecedora de todo respeto (*Obras*, II/2,560-561). Rehúsa también “dirigir la edición de una enciclopedia por falta de tiempo”, ahora (febrero, 1940) por su dedicación exclusiva al estudio de la Teología y después de su ordenación sacerdotal porque no puede disponer del tiempo, sino en el modo en que disponga su obispo (*Ibidem*, 560). Y porque la muerte prematura y repentina le arrebató el tiempo necesario para *“reedificar mi castillo filosófico sobre nuevas bases”*, como había proyectado ya en el breve intervalo entre su conversión y su experiencia mística: el *Hecho extraordinario* (*Carta*, 49).

De todos modos, ya antes de morir, llegó a ver claramente que no podía verter su nuevo pensamiento en lo que él entendía por pensamiento filosófico contemporáneo, porque este contenía ideas incompatibles con el pensamiento cristiano, aunque, claro está, el pensamiento cristiano es el pensamiento más actual y en este sentido el más contemporáneo y el más joven. Del mismo podría afirmarse lo que Charles Peguy dice de Dios “joven a la vez que eterno (...), nuevo a la vez que

eterna” (palabras significativamente repetidas en los versos 9, 13, 17, 22, etc., de su poema *Eva*).

3.5. La conversión del lenguaje y de la pluma

Desconozco si el pensamiento de san Agustín, tras su conversión, conservó alguna fragancia maniquea ni en qué medida. Pero él mismo reconoce que, poco después de su conversión, *“Tú (Dios) sacaste mi lengua de donde habías ya sacado mi corazón”* (*Confesiones*, 9,4,7), si bien se refiere a la retórica, a su enseñanza y ejercicio. Aludiendo a las obras escritas en Casiciaco, admite que se había convertido su corazón, pero no su lengua ni su pluma y, en parte, ni su mente, pues cuando debe decirse: *Hoc uoluit Deus* (= “lo quiso Dios”), él decía y escribía: *“lo quiso la (diosa) Fortuna-Suerte”* (*Hoc uoluit Fortuna*). Y esta exclamación estaba impregnada de la tradición y creencias religiosas paganas; no eran palabras sin sentido a modo de muletilla.

En Morente hay también una conversión paulatina de su pensamiento y de su modo de expresión, de su lenguaje; evolución que duró hasta el final de su vida. Experimentó una conversión en su lenguaje escrito y lógicamente en el hablado. El significante de no pocas palabras: “razón, laico, analogía, ser, fe, gracia, Dios, Jesucristo, Virgen, padre, hijo, etc.”, usadas por Morente, es el mismo antes y después de su conversión, pero su significado es totalmente distinto. En el Poyo, al iniciarse en el estudio de la filosofía de santo Tomás, realizó el descubrimiento de la “analogía del ser”, que le maravilló. Es el grado máximo de abstracción, pues “ente/ser” designa algo común o lo más propio a todo lo existente desde el átomo hasta Dios, prescindiendo de la materialidad, figura, número, etc., (cf. M. Guerra, *El enigma del hombre*, Eunsá, Pamplona 1999³, 93-110).

3.6. La revelación progresiva de su conversión por Morente

Morente no reveló a nadie el Hecho extraordinario, su profunda experiencia mística, exceptuado su director espiritual; y a este, aunque sin el compromiso formal de secreto, pero con la súplica encarecida de no hacerlo público antes de que él – Morente- muriera. Y, en efecto, así fue; el director espiritual no lo hizo público. En cambio, respecto a su conversión, se ha pensado por muchos –entre ellos me incluyo hasta ahora- que Morente guardó en secreto su conversión hasta que un día descorrió de repente y del todo el telón que lo ocultaba. Además, parece como si Morente hubiera estado acompañado por Jesucristo, no por su Madre y nuestra, la Virgen María. Pero no fue así.

3.6.1. Su devoción a la Virgen María y su acción de gracias a ella en la catedral de París por la reunión con sus hijas

Tras su conversión e inmediatamente antes del Hecho extraordinario necesito más de una hora para restaurar el padre nuestro y el avemaría, que había olvidado (*Carta*, 44), dos oraciones aprendidas de la boca de su madre en su niñez. Dios y la Virgen aparecían juntos ya en ese instante.

Después de muchas dificultades y tras varios meses de espera las hijas, los nietecillos y sus acompañantes llegan a París (9.V.1937). Superadas las emociones desbordadas de los momentos iniciales, las hijas intuyen que algo ha cambiado precisamente en la vertiente religiosa de su padre. *“Lo vislumbramos cuando con la mayor naturalidad nos dijo: ‘Quiero que vengáis conmigo a Notre Dame (la catedral de París, dedicada a “Nuestra Señora”) pues he prometido a la Virgen que si nos reuníamos otra vez, vendríamos a sus pies a darle gracias’. Nos miramos atónitas”* (*Epílogo*, en *Obras*, 587).

Un propósito de y en sus Ejercicios espirituales: *“Todos los días, dirigirme a la Santísima Virgen (...) para que me ayude y conforte en la oración”*-(*Diario en Obras*, II/2, 443). *“Después del rezo del Santo Rosario le pido Dios y a la Santísima Virgen la disposición de espíritu más conveniente (...) Heme, pues, aquí ante Dios para que haga del modo que quiera”* (*Ibidem*, II/2, 442). En una segunda carta a su obispo habla de “la devoción a la Santísima Virgen” (*Carta Eijo*, en *Obras*, II/2, 542-543), que le ha recomendado el mismo mons. Eijo y Garay; concreta: *“No he de hacer oración ni un solo día sin dedicar un buen rato a la contemplación de nuestra Santísima Madre, lazo de unión entre Nuestro Señor y nosotros”* (*Ibidem*, II/2, 543). A Carmen, su hija religiosa, le aconseja que, al final de la oración mental, se ponga bajo la protección de la Santísima Virgen; “yo suelo rezar para ello el *Sub tuum praesidium*”, que le había enseñado un religioso mercedario en Poyo (Madrid, 2.9.1940; *Obras*, II/2, 566).

3.6.2. Conferencias “sobre Dios” y el “caballero cristiano” en Buenos Aires (mayo, 1938)

El ambiente de Tucumán con el doble frente contrapuesto, a saber, la justificada incompreensión de los católicos con el obispo al frente, que le consideraban todavía agnóstico, laicista, y la hostilidad inevitable de sus antiguos amigos laicistas, masones, en cuanto estos descubrieran su conversión, terminó por ser irrespirable para Morente. Por eso, aunque le había ofrecido un segundo curso, rescindió el contrato y, en mayo de 1938, se despidió de la Universidad tucumana (*Carta*, 67; *Obras*, II,2, 515 y 517) con la alegría de sus hijas que se habían hecho a la idea de una estancia indefinida, “de varios años”, en Argentina.

En mayo pronunció unas conferencias sobre Dios en Buenos Aires. En ellas ya pudo hablar con libertad y *“expresar las convicciones básicas y religiosas que desde meses antes se habían apoderado de mi alma”* (*Obras*, II/2, 561). Quisieron publicarlas, pero Morente les pidió que esperaran a que madurara más sus ideas.

También en Buenos Aires, en los primeros días de junio tuvo dos conferencias, publicadas con el título general *Idea de la Hispanidad* (*Obras*, II/1, 15-362) desglosada en dos partes: *España como estilo* y *El caballero cristiano*. En esta (*Obras*, 337-362) propone al “*caballero cristiano como representación, símbolo e imagen del estilo español, de la hispanidad*” (*Ib.* 340). Lo describe con unos rasgos específicos, a saber, “*paladín*”, es decir, “defensor de una causa –cifrada en Dios y su conciencia-, deshacedor de entuertos e injusticias, que va por el mundo sometiendo toda realidad –cosas y personas- al imperativo de unos valores supremos, absolutos, incondicionales” (pp. 341-342). De ahí su preferencia por la “*grandeza contra la mezquindad, arrojo contra timidez, altivez frente a servilismo, más pálpito (corazonada) que cálculo, personalidad, culto del honor, religiosidad caracterizada por la confianza ilimitada en Dios y su providencia, impaciencia de eternidad*” (las palabras en cursiva son otros tantos epígrafes del texto). Propone como modelos al Cid, a Don Quijote y Sancho, así como a Spínola que recibe en actitud acogedora y de reconciliación las llaves de la ciudad de manos de su defensor en el cuadro la *Rendición de Breda* o de *Las Lanzas* de Velázquez. Uno de los epígrafes de *Ideas para una filosofía de la Historia de España* es precisamente “El caballero cristiano” (*Obras*, II/1, 412-413). No hace falta resaltar que el cambio operado en la mente y el corazón de Morente vislumbra hasta en el título de este ideal hispánico: “el Caballero cristiano”, en gran medida autobiográfico: “caballero” (antes de su conversión) y, además, “cristiano (después de la misma).

Invito al lector a confrontar el estudio anterior con otro de título similar: “*Ser y vida del caballero cristiano*”, pero pronunciado en 1942 en el 1^{er} Cursillo Nacional del Apostolado Universitario (*Obras*, II/2, 225-236). Así comprobará las diferencias de contenido y de léxico. En este último ya se habla abiertamente de la racionalidad de la fe, de la fe cristiana, de la revelación divina, de la salvación eterna, etc.

3.6.3. *Carta a su obispo, Don Leopoldo Eijo y Garay, patriarca y obispo de Madrid-Alcalá (27, abril, 1938)*

Un año después de su conversión y a punto de terminar su compromiso con la Universidad tucumana escribe una extensa carta a su obispo (cf. *Carta Eijo*), aunque ahora reside en Pontevedra por los avatares de la guerra civil. En ella le cuenta las peripecias de su vida desde su salida de Madrid, su conversión (no el Hecho extraordinario), su deseo de confesarse con él o con el sacerdote que el designe y de prepararse para su ordenación sacerdotal en el seminario que él elija. Le pide protección espiritual para él e incluso material para los miembros adultos de su familia (un puesto de trabajo adecuado para sus hijas, etc .,).

3.6.4. *Por vez primera reza el rosario y acude a Misa con su familia (Bahía – Brasil- (11-12, junio, 1938)*

A su “familia” (así llama él a las seis personas: hijas, nietos, tía, sirvienta, que le acompañan) desvela el secreto de su conversión y de su vocación sacerdotal en el viaje de regreso a España. Embarcan en Buenos Aires el 3 de junio. En el último puerto americano: Bahía/Brasil “al atardecer del día 11, sábado, iba a ser la noche de la Gran Revelación”. Les lee “la carta escrita hace cosa de un mes al obispo de Madrid con voz temblorosa que se fue afianzando después (...). Escuchábamos en un silencio absoluto, en una absoluta inmovilidad. Ni nos mirábamos siquiera. Solo una vez yo – María Pepa- levanté la vista alrededor. Vi a mi hermana con los ojos muy abiertos. Creo que con aquellas palabras iba oyendo aún muy bajito la llamada del Señor” (*Epílogo, Obras II/2, 589-590*). En el barco “había comunicado a mis hijas mi nuevo ser de cristiano y aún de futuro sacerdote. Lloraban conmigo de sentimiento y de alegría” (*Carta, 68*). Pero no les reveló el Hecho extraordinario.

Ese día 11 rezó por vez primera el rosario con su familia, que lo hacían diariamente antes de cenar. Al día siguiente fueron también todos a Misa.

IV. MORENTE, SACERDOTE

Tras la experiencia profunda de su conversión, Morente reconoce: “no encuentro otro medio de agradecer a la Providencia Divina la inmensidad de sus favores, sino el consagrarme entera y totalmente a su servicio y a la obra de mi salvación, ayudando a otras almas a conseguir la suya” (*Obras, II/2, 507-508*). Pero desecha la idea obvia que primeramente le viene a la cabeza: “renunciar al mundo (...) e ingresar en una orden religiosa”. Y la desechó porque “los pueblecitos de España necesitarán, después de la tremenda conmoción sufrida, oír las palabras de paz, de amor, de esperanza y de consuelo que solo el Evangelio de Nuestro Señor puede pronunciar” (*Carta Eijo, Obras, II/2, 511-512*). Ciertamente los miles de sacerdotes mártires y los muertos en las acciones bélicas convirtieron la escasez en menesterosa indigencia de sacerdotes. Ya en España, su obispo, no sé si para probar su humildad o para comprobar la sinceridad de su deseo de ayudar a salvar almas en cualquier aldea, le sugirió que, si no monje, se hiciera religioso, concretamente jesuita o dominico. Además, así tendría garantizada su promoción sociocultural en consonancia *curriculum vitae* anterior a su conversión. Morente no cedió a la sibilina “tentación” episcopal.

En esa misma carta a su obispo (p. 511) completa su motivación para hacerse sacerdote diocesano, no monje: “No era cosa que, después de tantos años de irreligión, fuera yo ahora a sumergirme en la paz de un claustro para atender a la sola salvación de mi alma”. Dada la espiritualidad católica dominante en la primera mitad del siglo XX y su recientísima conversión, Morente no era consciente de la llamada

universal (o sea, de todos los bautizados de todos los tiempos y lugares) a la santidad y al apostolado. Un monje, aunque sea de la más estricta clausura (cartujo, camaldulense, trapense), si no es apóstol, será una especie de bonzo budista o de renunciante (*sadhu*) hindú, pero de ningún modo un monje cristiano.

“Al día siguiente del Hecho (30.4.1937), tomé ya la resolución de Consagrarme a Dios y abrazar el estado sacerdotal”. Pero entonces (mayo, 1937), dado *“el porvenir tan obscuro, sombrío e incierto”*, todavía no podía tomar decisiones definitivas (*Carta*, 64).

Morente y su familia salen de Argentina el 3 de junio de 1937; llegan a Vigo el 27 del mismo mes. *“El 28 por la tarde me confesé con él (el obispo, Eijo y Garay), en confesión general. En ella, aunque fue larguísima y detallada, no pude atreverme a aludir al Hecho extraordinario. No me pareció necesario y el pudor invencible me contuvo irremediabilmente. El 29 por la mañana (...) oímos todos la misa, que dijo su Ilustrísima; y de su propia mano recibí la Sagrada Comunión, con las mejillas surcadas por gruesas lágrimas”* (*Carta*, 68). Morente llama a esta *“mi segunda primera comunión”* (*Carta*, 59), sugiriendo no haber comulgado en el intervalo.

“El 10 de septiembre de 1938, ingresaba en el convento de los PP. Mercedarios del Poyo y comenzaba propiamente mi preparación para el sacerdocio” (*Carta*, 68). Así y con el *Laus Deo*, la fecha: *“septiembre de 1940”* y la firma: *“M. G. Morente”* termina su *Carta* (p. 68).

“Lo que más quiero en el mundo es la vida de mis hijas, que quiero más, cien veces más que mi propia vida”, hasta la separación de ellas y a sus hijas mismas está dispuesto a dar al Señor si se lo pide (*Diario, Obras*, II/2,449). Morente era sumamente familiar y hogareño. En su casa, además de él como paterfamilias, residía su *“familia”*, las seis personas cuyo mantenimiento dependía de sus cuidados e ingresos y otras personas durante más o menos tiempo, por ejemplo, durante los meses de curso sus sobrinos que venían a estudiar en la universidad madrileña. Morente experimentó la separación de su familia cuando ingresó en el seminario de Madrid al comienzo del curso 1939-1940. Todos presintieron que era la separación permanente y definitiva. *“La víspera de su marcha entré yo –María Pepa (su hija mayor) en su cuarto para ayudarle a hacer el equipaje y tuvo un momento de debilidad: me echó los brazos al cuello sollozando. Yo entonces, en la angustia de verle así, le dije: ‘Papá, por Dios, no te vayas, habla con el Señor Obispo...’*. No me dejó terminar; se soltó de mis brazos e incluso me rechazó con energía haciéndome callar. Muchas veces me viene a la memoria esta escena cuando releo el Evangelio - Mateo, 16,23- en que Jesús rechazó a Pedro que le había reprendido por el anuncio

de su pasión: `Apártate de mí, Satanás´. ¿No había actuado yo también como piedra de tropiezo?" (*Epílogo*, en *Obras*, II/2, 591-592).

El 21 de diciembre de 1940 recibía la ordenación sacerdotal. Pero, no pudo realizar su deseo de recibir "el encargo de dirigir almas cristianas en alguna aldea de España" (*Carta Eijo en Obras*, 512).

Morente vivió como sacerdote virtuoso y ejemplar hasta su muerte. Repartió su tiempo entre su actividad ministerial y la académica (profesor de Filosofía y luego –desde 1941- también de Cosmología y Teodicea en la Universidad Central, actos en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que había ingresado en 1932 y a la cual –por petición de su obispo- se reincorporó en diciembre de 1938 en San Sebastián; en ella volvió a tratar con otro miembro, su obispo el académico Eijo y Garay); clases de filosofía a las mayores en el colegio de la Asunción de Velázquez (*Carmen Bonelli G.-Morente*). Nombrado capellán del colegio de la Asunción de Velázquez, donde vivía su hija religiosa, residió en la casa del capellán; los domingos visitaba a su familia y comía con sus allegados. Celebró la Misa y predicó la homilía en la toma de hábito de su hija Carmen y, al año siguiente, la recepción de los Primeros Votos. "A mí, su nieta, me dio la Primera Comunión, muy emocionado y nos habló adaptándose a las niñas" (*Carmen Bonelli G.-Morente*). "Sus últimas preocupaciones extrafamiliares fueron (...) la educación de la juventud y la evangelización `de esos hermanos nuestros tan queridos: los intelectuales`" (*Epílogo*, *Obras* II/2, 593). Les había dedicado algún estudio: *El problema espiritual de los intelectuales* y *El espíritu científico y la fe religiosa* (*Obras*, II/2, 168-172 y 173-187). Procuró la reconciliación nacional y el diálogo con los intelectuales, sobre todo con los que habían sido amigos suyos antes de su conversión (*El problema espiritual de los intelectuales* en *Obras*, II/2, 168-172; *El espíritu científico y la fe religiosa* en *Obras*, 173-187, etc.). Pero, como en Argentina (cf. 2.5 -5-) se tropezó con la animadversión de bastantes y la enemistad declarada de algunos (*A don Javier* en *Obras*, 519ss.) por haber traicionado su ideología anterior a su conversión, a veces por su actitud y actuaciones antes o durante la guerra. A su vez, los vencedores, católicos practicantes o no, recelaban de él por no considerar sincera su conversión y a Morente mismo un oportunista y aprovechado por las ventajas sociales que ofrecía entonces su condición sacerdotal. Cuando pronunció el discurso inaugural del curso 1942-1943 en la Universidad Central sobre *Ideas para una filosofía de la Historia de España* (*Obras*, II/1, 363-419), escuchó a alguien que, en voz muy baja, le increpaba "¡Farsante!". González Oliveros, que "le había embargado y quería quitarle la cuatro cosas que tenía", se esforzó en aplicarle la ley de responsabilidades políticas (cf. 2.3), aunque no lo logró (Redondo, Gonzalo, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco*, Eunsa, Pamplona 1999, 52). (cf. 2.5.8). Morente, ya en julio de 1938, intentó iniciar "*el expediente solicitando mi reposición en la cátedra; pero tan pronto como la obtenga solicitaré la excedencia*" (*A Don Juan de Zaragüeta*, *Obras*, II/2, 518). El ministro le pide esperar para que no

aumenten “las denuncias y situaciones violentas por parte de gentes que no conocen la intimidad de su caso”; no es oportuno ni aconsejable “buscar ahora una solución administrativa definitiva”, pues empeoraría la situación (*A don Javier Lasso de la Vega, Poyo, 27.9.1938, Obras, II/2, 519*).

V. LAS VIRTUDES DE MANUEL G. MORENTE

En lo oriental (hinduismo, budismo, taoísmo) y en la red occidental de Nueva Era la “perfección” exige la ampliación o agrandamiento de la conciencia, manifestado por medio de los fenómenos “místicos” extraordinarios tanto físicos como parapsicológicos (cf. M. Guerra, *Las 100 preguntas-clave sobre “New Age”, Monte Carmelo, Burgos, 65-84, etc.*). En cambio, en la Iglesia católica lo místico en cuanto manifestado en fenómenos extraordinarios no es necesario ni esencial para la santidad ni para la salvación. Según la escuela tomista hay mística ya en la unión de amor con Dios y, como la vocación a la santidad es universal, todos estamos llamados a la mística, pero esta no consiste necesariamente en los fenómenos extraordinarios. Las gracias místicas son *gratiae gratis datae*, “gracias dadas gratuitamente” por Dios, pero “no hacen necesariamente grato” ante Dios a quien las recibe. Obsérvese la oportunidad del adverbio, pues –según algunos tomistas– algunos de los fenómenos místicos ante todo incrementan el amor de Dios.

Por eso, la Iglesia valora sobre todo la práctica de las virtudes observables a la hora de declarar beato o santo a alguien, no necesariamente los fenómenos místicos. De hecho han existido grandes santos por sus solas virtudes, sin ningún fenómeno místico ni tampoco milagroso (antes de su muerte): san Vicente de Paul, san Juan Bautista de la Salle, etc.

De ahí que Morente acierte al distinguir entre su conversión y el Hecho extraordinario. De ahí que, superado el periodo de la “monacalización” de la espiritualidad católica (cf. M. Guerra, *Las cualidades – virtudes humanas”- de los directores de las primeras cualidades cristianas en AA. VV., La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología, abril 1990, Eunsa, Pamplona.943-959*), sea oportuno hablar de las “cualidades/virtudes humanas” y de las virtudes sobrenaturales de Morente.

Morente fue una personalidad muy completa y de cualidades humanas extraordinarias: intelectual, filósofo, hombre de gobierno, profesor y conferenciante brillante, escritor, traductor del francés y del alemán, sensible, pianista, experto en música y en fotografía, cariñoso, hogareño.

5.1. “Todo es gracia”

Con estas palabras termina Bernanos su novela: *Diario de un cura rural*. Tiene razón. Aunque aceptada y colaborada, todo es gracia de Dios. Así lo siente también Morente, quien atribuye a “*la gracia de Dios que les inundaba, les envolvía y les sostenía*” la aceptación “*sumisa y libre*” del querer de Dios, el martirio (*Carta, 46-47*). Precisamente, “*la aceptación sumisa y libre*” de la voluntad divina y “*la entrega libre*

de toda mi voluntad en las manos llagadas de Nuestro Señor Jesucristo” mientras de rodillas recitaba “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo del Padre nuestro” fue el broche maravilloso de su conversión (Carta, 48).

“Dios es Amor” (1Jn 4,8,16), y fruto de su amor misericordioso es su gracia y las gracias. La misericordia de Dios le emociona profundamente (*Ejercicios*, en *Obras*, 459-460) En su *Diario de los Ejercicios espirituales*, que practicó (24 sept.-5 oct. 1940) antes de su ordenación sacerdotal, escribe: *“La misericordia no se merece nunca, se recibe de añadidura. Nuestro Señor Jesucristo, que ha venido al mundo enviado por la Misericordia, por Dios misericordioso, por Dios que perdona, por Dios que recibe como padre en su seno cálido a todos los que lloran y sufren y padecen de sus pecados. Dios lo es todo y toda bondad tiene en él su asiento permanente y superabundante; la misericordia, también la misericordia sobre todos” (Diario, en Obras II/2, 459). “A la radical miseria del hombre, Nuestro Señor Jesucristo opone la radical misericordia de su Corazón” (Ibidem, 459).* Aunque miseria y pecador, el hombre debe cooperar con Dios en la tarea de su propia santificación. “El que te hizo sin ti, no te justificará sin ti” (san Agustín, *Sermón*, 169,13).

Morente se sintió tan indigno de recibir la gracia mística de la presencia del Otro, de Jesucristo, que se resiste a creerlo: *“No encuentro otra manera de explicar la vivencia, que experimenté en esa noche inolvidable para mí. Porque me resisto resueltamente a pensar que a mí, a mí, tan depravado y miserable, haya querido Dios concederme un minuto siquiera de su presencia” (Carta, 61).* En el borrador figura solamente *“a mí”* ;en el texto original o definitivo lo reduplica *“a mi, a mí”*, cargándolo de una emotividad casi desbordada y poniendo en relieve el intenso sentimiento de su indignidad. Por eso manifiesta su resistencia a admitir el origen divino de su vivencia y, descartada la acción del demonio, deja la puerta abierta a *“un engaño de mi subjetividad (...), una especie de halucinación (sic) sin sensaciones concomitantes”*. Precisamente por eso, a saber, para precisar si su vivencia es o no sobrenatural, escribe este relato: *“Este es, pues, principalmente el objeto de mi consulta a usted, Don José María. A nadie en el mundo, ni aun en confesión, he hablado jamás de las cosas que contiene esta larga relación. Ni pienso ni deseo, ni quisiera jamás hablar de ello con nadie ni a nadie a no ser, claro está, que usted me lo mandase. Es más; siento tan profundo pudor y tanta vergüenza de estas cosas, que, en un año que hace que me he puesto bajo su dirección, no me he atrevido hasta ahora a decir a usted mismo nada de ello. Mi más profundo deseo sería conocer su opinión y su consejo y no volver ni a aludir a esto siquiera, ni aun con usted mismo” (Carta, 59-62).* Se cumplió plenamente su deseo (cf. 5.5.3). Un sentimiento similar afectó a santa Teresa de Jesús. También ella se sorprende de recibir “tantos regalos, mercedes, misericordias” (en el tercer grado de oración) a pesar de ser “tan ruin y pecadora”. El demonio la tentó induciéndola a “dejar la oración”, a “apartarme de estar arrimada a la columna y báculo que me ha de sustentar para no dar tan gran

caída!”. Y ello “por una humildad tan soberbia” como si pudiera dedicarme a la oración solamente cuando estuviera “limpia de todo pecado y falta” (*Vida*, cap. 19). Como Morente, también santa Teresa se resiste a desvelar sus experiencias místicas; si lo hace, es porque se lo piden e incluso mandan sus directores espirituales, los confesores. Así lo reconoce en el comienzo mismo de su autobiografía: “Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que por muy menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida” (*Vida*, prólogo). Y, una vez más, en Teresa de Jesús como en Manuel G. Morente, el contraste acerado entre la propia ruindad y la gracia misericordiosa del Señor.

Tres años después de su conversión Morente sigue pidiendo a Dios su gracia: “*Que Dios me dé su gracia y me proteja de todo lo que pueda dañar mi alma renaciente. ¡La veo ahora tan tierna, frágil y quebradiza como un brote recién salido! Pero también la veo, en intención al menos, pura y blanca. ¡Dios quiera conservarle siempre en esa pureza! Que no tenga yo jamás que avergonzarme de mí mismo*” (*Diario en Obras*, II/452).

Basta leer su *Diario de los Ejercicios Espirituales* para comprobar –ya desde sus primeras líneas- con cuánta frecuencia, pide o da gracias “a Dios, a nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Virgen”; algunas veces también a los escogidos por Morente por patronos de esos ejercicios: “San Agustín y San Ignacio”, dos santos convertidos en la edad adulta.

5.2. Hombre de oración, contemplativo de Jesucristo

Morente, en aquella noche en París, experimentó la irrupción de la luz y del calor, o sea, del Dios Verdad y Amor encarnado en Jesucristo, y esa vivencia le mantuvo siempre, con frecuencia de manera sensible, en estado de contemplación del Señor, que es un modo de adelantar la presencia divina y la consecuente felicidad del cielo al más acá de la muerte, aunque por medio de la fe intensamente vivida y a veces sentida.

5.2.1. Morente contemplativo de Jesucristo

La gracia divina es “operante” si el alma o espíritu humano no mueve, sino solo es movido por Dios; la gracia divina es “cooperante” cuando el espíritu humano mueve y es movido de modo que la operación se atribuye a Dios y también al espíritu humano (*Summa Theologiae* I-II, q. 111, a.2, ad4). De ahí el acierto de Guadalupe, consciente de que, para recibir la gracia divina, es necesario que el hombre –ser libre- no se obstine en rechazarla, que la acepte. Si alguien se empeña en cerrar las contraventanas, la luz del Sol no iluminará ni calentará la habitación: “*Mi hermana, poco antes de morir (año 1928), me llamó a su lado y a solas, y en términos de profunda exaltación, me habló con la ternura de una madre y me hizo prometer que si algún día la gracia de Dios Nuestro Señor venía a visitarme, no le haría resistencia. Yo se lo prometí, en efecto, y desde ese día quedé impresionado y preocupado. Nunca*

olvidé la escena, que tengo presente en la imaginación como si fuera ayer (...). Le prometí todo lo que quiso y me parece que se tranquilizó mucho con eso” (A Doña Carmen Perales, Poyo, 9.I.1939, en Obras, II/2, 529). Morente se compromete a no mantener cerradas las contraventanas de su ser y existencia si algún vez el Sol divino llama a la puerta de su existencia. Morente es hombre de palabra. “Puedo afirmar que cuando, en 1937 (...), sólo y casi mendigo en París (...) vino Nuestro Señor Jesucristo mismo a visitarme y consolarme, pensé inmediatamente en Guadalupe, volví a imaginarme en todo detalle la escena del sanatorio y no tuve que hacer ningún esfuerzo para dar libre entrada en mi alma a la gracia del Señor” (Ibidem, 529

Morente, en su larga etapa de agnóstico, había prescindido de Dios, incluso en gran medida del “Dios de los filósofos”, lejano y abstracto en el supuesto de que existiera. En ese Dios se piensa y se le hace pensando; no se le ora ni adora. En cambio, ahora vive sumergido en el recuerdo de la presencia del Otro, de Jesucristo, el Dios-Hombre, que le atrae desde la cruz (*Carta*, 41-42). Morente, además de pensar y ser un pensador, siente, ora, adora, contempla y es un contemplativo de Jesucristo: “El recuerdo del Hecho vivido por mí no se aparta de mi espíritu y no ha habido día, desde que me aconteció, que no lo rememore y piense en él, poco o mucho” (*Carta*, 54). Así fue unos 1.250 días hasta que redactó este escrito y presumiblemente todos los días restantes de su vida. Su nieta Carmen recuerda su testimonio: “Él decía que no tenía más que volver a la experiencia de París para recuperar su paz y su alegría” (*Carmen Bonelli G.-Morente*). Su director espiritual y su obispo atestiguan que murió sin haber perdido “el apogeo del fervor”. Su obispo, Leopoldo Eijo y Garay, reconoce que esto es lo único que atenúa el profundo dolor y el vacío que le ha causado la muerte imprevista, prematura de Morente (cf. 5.3).

5.2.2. Cristocentrismo eucarístico

Morente se convirtió en el instante en que creyó que Jesucristo, un hombre crucificado, era Dios, “Señor” de todo, también de su vida, y cayó de rodillas (*Carta*, 41-42). Obsérvese que Morente prefiere usar la fórmula “Nuestro Señor Jesucristo” más que “Cristo”, “Jesucristo”. Parece obvio que la vida de Morente tras su conversión gravitara en torno a Jesucristo. Así lo vio su director espiritual José M^a. Lahiguera, quien describe la vida de Morente como “un movimiento vertiginoso, siempre ascendente (...) hacia Cristo. (...) su espiritualidad será la de un sacerdote santo, enamorado de Cristo, al servicio de Cristo y de las almas” (*Espiritualidad de García Morente, “ABC” -1967-*). También su obispo, Eijo y Garay, que, tras su inesperada muerte, afirma: “En el presbiterio fue alta y viva llama de luz y de caridad”, “no sabrá vivir sino para Jesús.(...) esperaba mucho de él, para bien de las almas (...). Solo me consoló la idea de que Dios le había llamado a Sí cuando vivía aún en el apogeo de su fervor; de las amorosas emociones del altar se lo llevó a la beatitud del cielo” (José M^a. Montiu, *Manuel G. Morente, el catedrático. De Cosmovisión...61*).

“Es espantoso decirlo, pero la verdad pura es que desde hace mucho, muchísimos años (...) vivo alejado del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Al escribirlo brotan lágrimas de mis ojos. No puedo acercarme a la Sagrada Mesa en el estado actual de mi alma (...), necesito primeramente purificar mi alma en el seno de la confesión (...). Esa confesión no la puedo hacer aquí”. (Carta Eijo, Obras, II/2, 512).

“Prefiero mil veces morir con Dios, que vivir sin Dios. He vivido sin Dios, y ahora me parece que entonces estaba muerto. Cada vez que comulgo me entran ganas de morir” (Diario en Obras, 458). Un detalle que, aunque una nimiedad en sí, tiene una gran carga simbólica; lo nimio permite entrever lo profundo. Morente celebraba la Misa diaria en el oratorio de su capellanía. En su sacristía guardaba un par de zapatos que usaba solamente durante su celebración.

5.2.3. Una forma de la oración litúrgica: el Breviario

Evidentemente no olvidaba el rezo de la liturgia de las horas, o sea, el Breviario, y esto ya de seminarista en Poyo: *“La oración, la meditación y el estudio son mis únicas ocupaciones. Ya manejo el breviario como un ‘veterano’ -según palabras de nuestro Padre Provincial-”* (Carta a su tía la M. Loreto, Poyo, 19.1.1939 en Obras, II/2, 541).

En una carta a su hija religiosa residente en San Sebastián, escrita la víspera de Reyes (5.1.1941), le dice que los Magos acaban de dejarle un aguinaldo con su nombre: “Carmen” y que no ha podido contener su curiosidad. Lo ha abierto y ha encontrado *“un Breviario en cuatro tomos de la casa Punset”*. A continuación, tras la emotividad de su hacer de Rey Mago: *“En él ha puesto tu padre algo de su corazón”*, alaba el contenido del Breviario y de su rezo: *“En sus páginas está todo el perfume de la más pura devoción y por cualquier página que lo abras siempre hallarás una buena y dulce palabra de Dios más capaz de consolarte y hacerte feliz que cualquier palabra de los hombres”* (A mi hija Carmen, Obras, II/2, 570).

5.2.4. La oración personal no litúrgica

Morente hacía oración personal, a veces varias horas seguidas y con pérdida de la noción del tiempo transcurrido. En una carta al mercedario Alberto Barros, con el que había convivido en su monasterio de Poyo añora su estancia allí: *“la oración en el coro y aquellas horas maravillosas que a veces pasaba yo solo en la tribuna alta de la iglesia, en la sombra, casi a oscuras, con la vista fija en la lamparilla del presbiterio”* (Obras, II/2, 559). Una oración tan profunda y a veces tan elevada y mística que se encuentra como fuera de las cosas y de sí mismo sin noción del tiempo transcurrido. *“Mi hora y lugar predilectos (para la oración durante su estancia en Poyo) son al caer la noche, en la iglesia, yo solo en un rincón (...) en silencio imponente y en la casi completa oscuridad, estoy a veces tan perdido en ensueño y devoción, que me parece que las cosas en torno se enajenan y se alejan de mí infinitamente, y que estoy como suspenso en un vacío inmenso; generalmente mi meditación versa sobre la figura de Nuestro Señor, que me represento minuciosamente en una y otra de las grandes*

escenas de su Vida y Pasión. No le extrañará a usted que por ahora mi devoción predilecta –en la soledad- sea el Via Crucis. Todavía no me atrevo a lecturas espirituales de enjundia” (A don Juan Zaragüeta, Poyo 30.9.1938, Obras, II/2, 522). Como es lógico no puede olvidar la escena de Jesucristo crucificado ascendiendo a las alturas, que enmarcó su conversión (*Carta, 41-42*).

En Poyo solo se preocupa del estudio y de la oración; el estudio para conocer *“la santa religión de Jesucristo, durante tantos años olvidada por mi y con ligereza criminal menospreciada” (Carta Eijo, Obras, II/2, 511)* y para prepararse para el sacerdocio. *“La oración para purgar mi pasado tan lleno de miserias y de maldades, y para prepararme para la más completa dedicación apostólica; y también, ¿por qué no decirlo? Para satisfacer mi más íntimo deseo; porque la oración me llena de tales y tan profundos deleites, que muchas veces dejaría el trabajo para ir tras la golosina de la oración y hay tardes en esta gran iglesia oscura y silenciosa en que pierdo en absoluto la noción del tiempo y olvido por completo mis circunstancias reales y personales” (A Don Javier Lasso de la Vega, Poyo 27.9.1938, Obras, II/2, 521).*

A su hija religiosa le recomienda la oración y hasta le señala su duración ideal, lo mínimo que él dedicaba a su oración personal diaria: *“Una hora al día de íntima y libre conversación con Dios N. S. llena tanto el alma que todo lo demás te parece sencillísimo, fácil y sin importancia” (Madrid, 2.9.1940, Obras, II/2,566).* El texto y al alcance del dativo ético *–“te” parece–* permite deducir que una hora es el tiempo dedicado por el mismo Morente a su oración personal, “libre”, no comunitaria. “Efectivamente mi abuelo hacía por lo menos una hora de oración todos los días, y se lo aconseja a su hija. En La Asunción tenemos como regla, tres cuartos de hora por la mañana y –ante el Smo. Sacramento expuesto- media hora de adoración por la tarde” (*Carmen Bonelli G.-Morente*). Dedicó esta misma carta (*Obras, II/2, 564-566*) a aconsejar a su hija religiosa sobre cómo preparar y hacer la oración propia, cómo usar el entendimiento, la imaginación y el sentimiento, o sea, empapar de presencia divina los estratos del psiquismo humano, a saber, el lógico o entendimiento, el mítico o imaginación y el místico o sentimiento e incluso el somático o corporal, pues le indica la conveniencia de meditar a veces *“con los ojos cerrados”*. Presupone el volitivo o voluntad, querer de veras hacer la oración o trato con el Señor. Le aconseja terminar poniéndose la protección de la Madre celestial, la Virgen, que él suele hacer rezando el *Sub tuum praesidium*, “Bajo tu protección, Virgen María...”.

Ordenado sacerdote y nombrado capellán de las asuncionistas, *“cada mañana muy temprano iba a la capilla; hacía su oración y se preparaba profundamente para la celebración de la misa” (su hija Carmen, religiosa asuncionista, en Epílogo, Obras, II/2, 592).*

5.2.5. Consciente de su deuda con las oraciones y mortificaciones de otros

Más aún, atribuye la gracia de su conversión a la misericordia divina movida por las oraciones y sacrificios de tantas otras personas por él, por su conversión, e incluso por la ofrenda de la vida de su hermana.

-a) La muerte violenta, presuntamente martirial, de su yerno. Ya convertido, Morente ven ella como el primer aldabonazo de la gracia divina en la puerta de su existencia totalmente cerrada hasta entonces a Dios Amor. *“Su muerte produjo en mi alma una impresión profundísima. Dime a pensar que, si Dios asumía en su seno a un espíritu tan selecto, era como un medio glorioso para asegurar la bienaventuranza eterna a él y a la vez de dirigir una advertencia grave a los que con él convivíamos. Sentíme hondamente aludido”* (Obras, II/2, 508).

-b) La oblación de la vida de su hermana mayor Guadalupe, la que –tras la muerte de la madre- había hecho sus veces con su hermano menor Manuel: *“Carmela (cuñada de Guadalupe) me decía que Guadalupe, desde muchos años antes de su muerte, tenía ofrecida su vida por mi salvación. Ya veis, hijas mías, cómo Dios dispone las cosas; y fueron tantas lágrimas las que por mí se vertieron y tantas oraciones las que por mí subieron al Cielo, que por fuerza tenían que dar el resultado que han dado. ¡Bendito sea Dios y benditas las santas almas que tanta abnegación, tanta caridad, tanto amor atesoran!”* (Carta a sus hijas, tía y cuñada, Poyo, 14.1.1939, en Obras, II/2, 532).

-c) La oración de un grupo de religiosas asuncionistas durante más de 25 años. *“También me he enterado (esto hace pocas semanas) que unas cuantas religiosas de la Asunción llevaban pidiendo al Señor por mí, sin faltar un día, más de veinticinco años”* (3.9.1939, Poyo, Obras, II/2, 529)..

-d) La oración de otras personas. *“Al saber ahora que tú también, desde que murió mi hermana, estás rezando por mí, me ahoga la emoción y la gratitud”* (Carta a Carmela Perales, 9.1.1939, Poyo, en Obras, II/2, 529).

5.3. La fidelidad a su esposa

Morente se casó por la Iglesia en mayo de 1913 con Carmen García del Cid, católica practicante como su familia que recelaba del “librepensador” Morente (Obras, epílogo, p. 577). En su boda consta la declaración explícita de su increencia y de su compromiso de autorizar a su esposa para procurar la educación católica de sus hijos. Morente, hombre de palabra, cumplió este compromiso. Sus dos hijas se educaron en un colegio de la congregación de la Asunción como lo había sido su madre (Carta, 15-16). Una de ellas, Carmen (M. María Almudena, nombre de religiosa de la Asunción, vive con 96 años de edad).

En junio de 1923, diez años tras haber contraído matrimonio, cuando Morente tenía 37 años edad, muere de parto su esposa, *“a quien yo quería entrañablemente. Era dulce, buena y extremadamente religiosa”* (Biografía, 165). *“Durante mucho tiempo, nuestro padre visitaba semanalmente (los domingos por la mañana) la tumba de mi madre”* en compañía de su hija mayor. *“Al llegar yo me*

arrodillaba para rezar y él quedaba en pie, descubierto y absorto”. Cuando la hija de 9-10 años de edad se distraía y enredaba, “me decía suavemente: *‘Anda, reza, reza’*” (*Epílogo, Obras II/2, 578-579*). ¿Morente, filósofo e individuo agnóstico declarado, oraba o simplemente recordaba a su esposa, admitiendo una subsistencia diluida en la energía cósmica del panteísmo o en “la Logia celestial”, “el Oriente eterno” de la masonería regular? ¿En torno a sus 40 años de edad, Morente sabría el padrenuestro y el avemaría que –unos diez años más tarde- había olvidado totalmente? Morente no volvió a casarse aunque se lo aconsejaron en atención a la edad de sus hijas, nueve y cuatro años.

5.4. Virtudes y defectos

La inscripción de una placa colocada en la casa donde nació en Arjonilla resume con precisión y acierto a Morente: “En esta casa nació el 22 de abril de 1886 el virtuoso sacerdote, eminente catedrático de Filosofía y Académico Don Manuel García Morente” (*Obras, II/2, 574*). Ciertamente fue un “sacerdote virtuoso”. Más aún, me atrevo a llamarle “santo”. Él mismo apunta en su cuaderno como “*resultado logrado en estos ejercicios*” el deseo y propósito de “*ser sacerdote santo*” (*Diario, Obras, II/2, 500*).

Voy a entresacar un ramillete de virtudes y, por contraste, de defectos, ya superados, al menos intencionalmente y como propósito serio.

5.4.1. Su competencia y honradez profesional

Morente, persona y personalidad de destacadas virtudes o cualidades humanas, las eleva a un sitial de honor hasta el punto de erigir a Jesucristo en su modelo y personificación: “*Dios hecho hombre (...). El amor que consiste en hacerse, por amor nuestro, modelo viviente de todas las virtudes humanas, elevándolas al mayor grado que cabe entre los hombres*” (subrayado en el original, *Ejercicios, en Obras, 463*).

Sus hijas le recuerdan como un trabajador, un estudioso, incansable. De niñas jugaban a veces en el largo pasillo de su casa. “Pero había una puerta siempre cerrada ante la cual se frenaban las carreras, se acallaban los gritos. Mamá, con un dedo en los labios, nos decía: ‘¡Papá está trabajando!’”. Esta frase de los años infantiles se ha repetido después toda la vida porque siempre, siempre, hemos visto que ‘papá está trabajando’” (*Epílogo, Obras, 578*). Morente sabía que hay que descansar y que un modo de descanso consiste en cambiar de actividad: “*Al fin de la semana el hombre laborioso necesita descanso. Y el ocioso también; porque cansa el continuado ejercicio de la ociosidad. Pero el descanso no consiste en no hacer nada – puesto que el hombre no puede vivir sin hacer algo-, sino en hacer otras cosas que las habituales*”; para Morente “*el más delicioso modo de descansar es el oír buena música*” (*Encomio de la música, Obras, II/2, 507 -30.11.1935*).

Morente fue un profesor de singular prestigio entre los alumnos y el profesorado por su pensamiento, por sus cualidades pedagógicas, por la claridad de

sus exposiciones, por su dominio del alemán y francés, así como del pensamiento de los filósofos modernos, por la traducción –casi siempre la primera al español– de obras de Kant, Leibniz, Goethe, Schiller, Descartes, Bergson, Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*), etc. También por su preocupación teórica por la reorganización de la enseñanza. No se limitaba a lo estrictamente académico, a “dar sus clases”. Siguiendo las huellas de su maestro Giner de los Ríos, se esmeraba en la atención personal de los discípulos; interesaba por su formación integral dentro y fuera de la Universidad, también en los periodos vacacionales, por ejemplo en el celebrado viaje cultural -Crucero Universitario por el Mediterráneo- del año 1933, en el cual varios profesores pronunciaron conferencias (Morente en Jerusalén y Atenas) e hicieron de guías para los estudiantes sobre los lugares-cuna de la civilización europea, occidental (cf. Marías, Julián, *Notas de un viaje a Oriente. Diario y correspondencia del Crucero Universitario por el Mediterráneo de 1933*, Madrid 2011 (D. Marías-F. J. Jiménez –ed-). Un dato curioso: “mi padre casó a Don Julián Marías y Lolita Franco (*Carmen Bonelli G.-Morente*).

Políticamente niega haber sido republicano; “No pertenecí a la Agrupación de la República por la sencilla razón de que no era republicano”. Indirectamente se reconoce monárquico y lo dice expresamente a continuación; “Acababa de ser subsecretario monárquico y seguí siempre creyendo que la República acabaría mal” (A Don Javier Lasso de la Vega, 27.9.1938, *Obras*, II/2, 520). Fue vicepresidente del Ateneo madrileño, miembro de la Junta Nacional de Música y Teatros Líricos, miembro de la Liga de Educación Política Española, fundada por Ortega y Gasset en 1914, y uno de los redactores de las ponencias aprobadas en la Asamblea General del Programa del Partido Reformista (año 1918); en enero de 1930, Director general de Enseñanza Superior y Secundaria; desde abril (1930) subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública en el gobierno monárquico del general Berenguer. Al cesar como subsecretario cuando se proclamó la República (14.4.1931), abandona la política. Inmediatamente fue elegido –por unanimidad- Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central (Madrid) y lo será durante cuatro años y medio –desde 1931 hasta el 26.8.1936- (*Prólogo, Obras*, XXI). En 1932 se inició el llamado “plan Morente” de reforma y excelencia universitaria, proyectado para un quinquenio, “el más interesante de la universidad española en el siglo XX”, según el pedagogo Víctor García Hoz (Isabel Gutiérrez-Zuloaga, *García Morente en la Universidad de Madrid*, “Cuadernos de Pensamiento”, 2 -1988- 50). Entonces expuso sus ideas y proyectos sobre la Universidad española, su reforma y autonomía: *La reforma de la Facultad de Filosofía y Letras; La nueva Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid; La autonomía universitaria y el estatuto de la Universidad; El ideal Universitario* (*Obras* I/1, 342-347; 348-353; I/2, 146-159 y II/2, 3-20). Elevó la enseñanza universitaria a un nivel muy alto y con un profesorado excelente. En su selección actuó conforme al criterio de competencia profesional, no

por afinidades ideológicas ni políticas. “En el decanato huí como de la peste de toda política” (A don Javier Lasso de la Vega, Poyo, 27.9.1938 en *Obras*, II/2, 520). Se le conoció como “el Profesor” y “el Decano”, punto de referencia. Según Julián Marías fue “el Decano”. Lo era insuperable, desde todos los puntos de vista” (*Memorias*, I, pp. 98 y 113). Construyó el nuevo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria y varios centros universitarios. Cuando, en Tucumán en 1938, quisieron nombrarle decano reconoció que parecía como si su vocación fuera la de ser decano. Renunció porque tenía “necesidad metafísica” de retornar a España. Ya en París, en octubre de 1936, tomó la actitud que “debía” adoptar: ofrecer incondicionalmente mis modestos servicios a la causa del orden, de la paz, de la cultura y de la gloria de España” (*Al general Dávila, París, 23.10.1936; Obras* II/2, 502).

Su prestigio y notoriedad se incrementó especialmente por sus conferencias de sello personal en Weimar (centenario de Goethe, 1931), Roma (1932), Universidades de Jerusalén y Atenas (1933); en 1934 tres meses del curso en Buenos Aires y de las conferencias en varias ciudades argentinas (Buenos Aires, Rosario, Paraná, Córdoba, Santa Fe, Tucumán) y uruguayas (Montevideo) (*Carta*, 67) antes de que fuera conocida su conversión; en Valladolid (dos), Pamplona (dos), Madrid, San Sebastián, Málaga, San Fernando, Vitoria, etc., ya de sacerdote. En casi todas se da el espectáculo resaltado en su presentación en Buenos Aires (curso 1934) por el masón Francisco Romero, que luego silenciará hasta el nombre Morente: “La sala de la Facultad de Filosofía y Letras está colmada desde una hora antes de que usted inicie su lección, y densos racimos humanos la siguen desde fuera a través de las puertas abiertas” (*Obras*, I/1, XXIV).

5.4.2. *Buscador de la Verdad*

El mismo Morente lo proclama como tarea y aspiración del intelectual: “El intelectual auténtico no puede servir más que a la verdad. La libertad es su servidumbre (...). Tiene que pensar y decir la Verdad, gústele o no, convéngale o no, satisfágale o no a los suyos” (*Meditación en la Feria del Libro, “El Sol” 31.5.1936; Obras*, I/1, XXV). Sediento de verdad recorre el itinerario de su pensamiento de la mano de sus maestros: Kant, Bergson, la fenomenología de Husserl, los valores de Scheler, el vitalismo y perspectivismo de Ortega y Gasset, etc.; no descansa hasta que se encuentra con el que es la Verdad, el Camino y la Vida (Jn 14,6). Como hitos y testigos ahí están sus escritos: *De la Metafísica de la Vida a una Teoría general de la Cultura* y *Lecciones preliminares de Filosofía*, etc. En Tucumán dio simultáneamente también un curso de Psicología, pero todavía no se ha publicado.

Antes de su conversión Morente exalta la razón, pero contrapuesta a la fe, pensando que esta era una puerilidad, propia de la minoría de edad de la razón y que, por ello, la marginación de la fe llevaría a la adultez racional y científica, o sea, al progreso. Una vez convertido, pero todavía sin formación cristiana y cohibido por el

clima laicista de la universidad tucumana, así como por su indigencia económica (Cf. *Lecciones preliminares...*) procura no tocar cuestiones religiosas. Ya en las conferencias de su gira por diversas ciudades argentinas y uruguayas habla expresamente de Dios, pero –en parte– en el horizonte del “¡Dios a la vista!” orteguiano. En su órbita alrededor del Sol, hay momentos en que la Tierra se aleja aparentemente para no volver hasta que en un instante preciso encorva su ruta volviendo más cerca del Sol “como la paloma al palomar, el *boomerang* a la mano que lo lanzó”. Algo similar ocurre en la órbita de la historia con el sentido religioso. “Hay épocas del *odium Dei*, de gran fuga de lo divino, en que esta enorme montaña de Dios parece casi desaparecer del horizonte. Pero al cabo vienen sazones en que súbitamente con la gracia intacta de una costa virgen emerge a sotavento el acantilado de la divinidad. La hora es de este linaje, y procede gritar desde la cofa: ¡Dios a la vista!” (José Ortega y Gasset, *¡Dios a la vista!* en *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid 1946, II, p. 485). Morente vio plasmado en su persona y vida lo expresado así por su amigo Ortega y el lo proyectó y aplicó a la humanidad.

Soltado el lastre de su pensamiento inercial y de su circunstancia tucumana, cuando llega a España, Morente sintoniza públicamente con la doctrina de la Iglesia católica. Armoniza razón y fe. “*Nada aprovecha más a la causa sagrada de la fe que el respeto absoluto de la razón. Como nada perjudica más a la integridad de la razón que el monstruoso designio de cercenar en el hombre el órgano divino de la fe*” (*La razón y la fe en santo Tomás de Aquino*, Universidad de Valladolid, 7.3.1940, *Obras*, I71 ,XXX). Descubre a Dios, Bondad y misericordia infinitas, y origen de todo ser y de todo bien. “*Buscar a Dios en todo. Toda indagación filosófica y científica es búsqueda de excelencias divinas. Pues ¿qué se busca? Una realidad, algo que es, algo que es bueno; y todo bien y todo ser procede de Dios*” (*Diario*, en *Obras*, II/2, 443).

Reconoce humildemente sus limitaciones y se preocupa por su responsabilidad docente de la verdad en momentos críticos: “*consciente de mi profunda ignorancia religiosa (...) resolví, de momento dar mis cursos de Filosofía y Psicología, procurando con el más exquisito cuidado no acercarme en lo más mínimo al terreno de las verdades religiosas, y así lo he hecho. Pero estoy lleno de temores y preocupaciones, señor Obispo. ¿No habré, sin querer y arrastrado por el torrente de mi pasado intelectual, herido o desconcertado algunas almas tiernas y puras? El pensamiento de que tal cosa haya podido suceder me tortura de manera indecible*” (*Carta Eijo*, en *Obras*, II/2, 510, año 1938).

5.4.3. La humildad

“La humildad consiste en andar en la verdad” (santa Teresa de Jesús), o sea la realidad, el reconocerse como realmente uno es en sí mismo y ante Dios. Por principio, la humildad no fluiría espontánea en un hombre de gobierno, intelectual, filósofo, orador y sensible de cualidades tan armónicas y excelentes como las de Morente.

Su nieta la destaca como primer rasgo de su abuelo: “Después de su conversión era de una humildad extraordinaria” (*Carmen Bonelli G.-Morente*). No obstante el mismo don Manuel reconoce su defecto dominante: la vanidad (deseo de agradar, complacencia excesiva en las alabanzas por sus conferencias, etc.) y, en menor grado, el orgullo (afán autoritario de mando), dos modos de la soberbia. Consecuentemente no menciona la timidez, el temor de quedar mal –el tercer modo de soberbia-; lógica y psicológicamente no tenía por qué constituir un problema y ni ser una preocupación especial para Morente ni para su vida ascética. Ya sacerdote, se receta el remedio adecuado: “*El antídoto que veo más eficaz a mi vanidad y posible orgullo y soberbia es el propósito absolutamente resuelto de obedecer ciegamente al Señor Obispo en todo lo que me mande, ser un instrumento en sus manos (salvo, naturalmente, en el ejercicio de aquellos oficios que requieren por su propia esencia libertad de decisión, v. gr., votación académica o cargo de juez en oposiciones)*” (*Diario, en Obras, II/2, 500*).

“*Tengo apego a mí nombre y persona. En suma, muy vanidoso; me gusta que se tenga buena opinión de mí*”. Y concreta su complacencia y afán excesivo en que “*sus clases y conferencias*” resulten perfectas, en “*brillar en las conversaciones ideológicas y doctrinales. En cambio, soy muy poco aficionado a la murmuración y chismorreos sobre otras personas. Quisiera que todo el mundo me quisiera a mí, y yo siento una gran propensión a querer a los demás, aunque a veces por pura cortedad soy algo adusto*” (*Diario, en Obras, II/2, 499*).

Morente reconoce explícitamente su vanidad; su orgullo se intuye en su “ambición de mando”, de poder: “*Hubo un tiempo en que sentí ambición de mando. Durante el año 1930 casi entero y dos meses (enero-febrero) de 1931 fui subsecretario de Instrucción Pública. Me aficioné a mandar. Después durante los cuatro años en que fui decano de la Facultad, también creció y se robusteció en mí afición de mando. (...) Después de mi conversión hice estudio de matar en mí toda ambición de mando. Me parece que lo he logrado (...). Como jefe me parece que soy exigente en el trabajo y en la puntualidad, algo breve y brusco en el ordenar (...). La desobediencia, que trastorna mis planes, me pone fuera de mí*” (*Diario, en Obras, II/2, 500*).

Era lógico que el director de sus ejercicios espirituales insistiera en la humildad. Dedicó dos meditaciones a “los tres grados de la humildad” desde la perspectiva humana y sobre todo cristiana; Morente los meditó y sacó sus propósitos (*Diario, en Obras, II/2, 475-479*). Ya antes de su conversión, como filósofo reflexiona sobre la humildad en su ensayo: *Tres emociones filosóficas: humildad, admiración y anhelo*; pone como modelo a Sócrates (*Obras, I/1, 66-70*). Morente tiene “una profunda sensación de culpabilidad”, pero “no encuentro esa culpa que siento en mí”, o sea, al examinarse, no descubre pecados concretos. “*He aquí el motivo de la desazón y turbación que siempre siento al acercarme al Tribunal de la penitencia*”.

Teme que el confesor lo atribuya “a hipocresía o a falta de humildad”, aunque Morente no es consciente de uno ni de lo otro (*Diario, en Obras, II/2,498*).

Humilde fue en su afán de describir con minuciosidad todo lo que en su vida en los momentos de su conversión y antes de ella pudiera ayudar a su director espiritual para discernir si el Hecho extraordinario era o no sobrenatural o tal vez resultado de algún trastorno psíquico. Su nieta, Carmen Bonelli García-Morente, resalta “el triunfo de la Gracia de manera sorprendente, emotiva y verdaderamente divina” y precisamente “la enorme sinceridad, humildad y sencillez con que está escrito el proceso de la irrupción de la Gracia en el alma del convertido”, su abuelo. Don José María García Lahiguera recibe el manuscrito original –no el borrador- pero no le manifestó su valoración. “Yo preferí el silencio (nos escribe el señor Lahiguera). Él lo aceptó humildemente, pues ni indirectamente curioseó mi opinión. ¡Esto es sacrificio de la curiosidad y verdadera humildad! ¡Murió, pues, sin saber mi juicio sobre el hecho más grande de su vida!!!” “Ni mi juicio ni el de otros (añade en otra carta), pues ni él ni yo dimos cuenta a nadie de esto. Yo esperé la hora de Dios”. Ha sonado después de la muerte de su convertido” (*Biografía 54-55*).

5.4.4. Mente, imaginación y corazón limpios

Morente ocupa su mente e imaginación en pensar o en contemplar al Señor, reviviendo su experiencia mística. Seguramente por eso se libró de “la soberbia de la carne” como la soberbia es la impureza del alma”. *Gracias a Dios, la concupiscencia de la carne, ya sea por la edad, por la fatiga o por merced especial del Señor, jamás o casi, me atormenta, ni aun siquiera me asedia y, si alguna vez –rarísima-, la imaginación me lleva hacia esos asuntos, me ha sido hasta ahora (año 1940) muy fácil cambiar el rumbo de mis pensamientos*” (*Diario, en Obras, II/2, 498*).

5.4.5. La pobreza

Desde su huida desde Madrid a París vivió la austeridad y pobreza en grado sumo, al principio por necesidad; desde su estancia en Tucumán, por virtud. “No tengo casa propia, ni fincas, ni valores (...). Soy, en cambio, aficionado a las comodidades materiales de la existencia. En realidad, desde que vine de América (junio, 1938) casi puede decirse que he prescindido de ello. En Poyo no puedo decir que se comiera bien, ni que mi celda fuera un dechado de confort. Aquí, en el Seminario, tampoco” (*Obras, II/1, 398*). “Soy absolutamente pobre, lo he sido siempre. Tengo una familia numerosa a mi cargo: dos hijas (de 25 y 19 años de edad), dos nietos, una tía, una antigua sirvienta, que está con nosotros desde hace 25 años”. Reconoce: “Doy conferencias en toda esta región para reunir el dinero necesario a nuestra partida” (*Carta Eijo, en Obras, 512-513*). “Con lo que habíamos ahorrado y una ‘tournée’ de conferencias muy lucrativas que hice en Montevideo, Buenos Aires, Rosario, Paraná, Córdoba y Santa Fé, reuní la cantidad suficiente para sufragar los gastos de viaje a España y conservar un sobrante capaz de mantenernos a mi familia y a mí durante un año entero” (*Carta, 67*); “He traído de América 11.000 pesetas que

le permite a mi familia vivir once o doce mees” (A Don Serapio Huici, Vigo, 15.7.1938, Obras II/2, 515).

Sus hijas dicen de su padre: “Era un gran comilón” (*Epílogo, Obras, 580*). Morente disfrutaba con la buena y abundante comida. Por eso, en sus Ejercicios espirituales hizo un propósito oportuno y decisivo: “*No pedir jamás nada especial de comer ni quejarme jamás de la comida que me pongan delante de mí en casa ni en ninguna otra parte” (Diario, en Obras, II/1, 498-499).*

5.4.6. *Transparencia. Reacción contra la corrupción*

“*La inmoralidad administrativa (casos de corrupción) también me saca de mis casillas Siendo subsecretario supe que cierto habilitado de provincias (para maestros) se hacía pagar el mentido favor de llevar las nóminas al día. Me dio tanta ira que lo destituí por telégrafo fulminantemente. Luego me dijeron que tenía diez hijos. Me dio lástima, pero no lo restablecí, sino que le proporcioné otro suplemento de sueldo en otra parte. Creo que en el Ministerio y en la Facultad fui justo y, en general, querido de todos” (Diario, en Obras, II/2, 500).*

4.4.7. *No tan serio como suele ser representado*

Morante era de “carácter, serio reflexivo” y reconcentrado como corresponde a un intelectual, que –por su misma profesión de pensador- vive abstraído y como perdido en los vericuetos de sus ideas, “porque para andar conmigo/ me bastan mis pensamientos” (Lope de Vega). Pero, al mismo tiempo era muy sensible, “apasionado, exagerado (...) y de un gran cariño familiar”. Su “voz cálida, vibrante, viril y dulce al mismo tiempo” (*Epílogo, Obras, II,2, 576 y 577*).

A quien se olvide de la característica de los habitantes de su lugar de origen, el gracejo andaluz, Morente puede parecerle demasiado serio y grave. En parte es así, pero conviene recordar que probablemente es el único filósofo que ha dedicado dos ensayos a la risa (*Sobre la risa –en Obras, I/1, 71-75-, Pequeño ensayo sobre la risa –Obras, I/2, 177-180*), uno sobre *El chiste y su teoría* (en *Obras, I/1, 187-193*), otro de resonancias socráticas *Sobre la ironía* (*Obras, I/1, 356-358*) y *Elogio de la batuta* (*Obras, II/2,253-265*). Unamuno, según que da indicado, le reprocha y corrige algún gesto contestatario e irreverente ante la bandera nacional y para con el catolicismo. Pero Unamuno reconoce hablar “de oídas” y referido a Morente joven (menor de 25 años de edad).

Morente vivió dos escenas cómicas. En una noche, de lluvia intensa, sin paraguas ni casa cercana, el coche se avería por un pinchazo de la rueda, “*se me ocurrió la idea grotesca de echarme la sotana por la cabeza*”, escribe a sus hijas, cuñada y tía (Poyo, 26.2.1939) “*Imaginaos la traza mía con la sotana remangada enseñando los pantalones. El P. Comendador se mordía los labios para no reírse, pero yo le dije no sé qué chiste alusivo a mi figura ridícula, y ya no se pudo contener; nos reímos un buen rato” (Obras, II/2, 548).* El obispo de Tuy (trasladado por estas fechas a la diócesis de Palencia), José Utrera, “*cómo se rió a al verme con sotana*”; cuenta

con cierto desenfado sus problemas con el alzacuellos (*Carta a sus hijas, Obras, II/2, 524, Poyo, 7.11.1938*).

“¡Qué frío hace, Carmencita!”, escribe a su hija menor, y sin calefacción. Para entrar en calor “no hay otro recurso que la marcha a grandes zancadas por los pasillos y el claustro con la dulleta (gabán o abrigo talar de color negro, usado por los clérigos encima de la sotana) y la boina (...). Cada dos horas me tiro una media horita de paseo higiénico”. Así “es muy difícil estudiar y escribir y sólo logro algo a fuerza de soplar en la punta de los dedos a cada momento” (*Obras, II/2, 526*). Tampoco fue cómoda la estancia de Morente en el seminario de Madrid: “Era el año 40 en plena posguerra. Seminario frío y en malas condiciones y con niños de 16 años”, comenta su nieta *Camén Bonelli G.-Morente* (cf.) cuando D. Manuel tenía 54 años de edad.

No sin ingenio y gracia, desde París, inventó un lenguaje cifrado para escribir cartas, a veces solo párrafos y frases, a destinatarios residentes en Madrid. Así burlaba la censura del gobierno “republicano” o “rojo” como decían entonces, también Morente (*Obras, II/2, 530*).

VI. SU MUERTE INESPERADA Y REPENTINA

“Todos los domingos por la mañana iba a nuestro colegio de Santa Isabel donde un grupo de religiosas jóvenes (entre ellas su hija) que estudiábamos diversas carreras universitarias le escuchábamos interesadísimas las últimas corrientes de pensamiento y cultura”. A finales de noviembre de 1942 Morente “se despidió de nosotras porque se iba a operar de apendicitis: ‘una cosa sencillísima’” (*Epílogo, Obras II/2, 592*). Pocos días después convalecía en su casa; “el 7.12.1942, víspera de la Inmaculada fue a mí -M^a. Pepa- a la que correspondió el triste privilegio de encontrarle muerto en la cama. Tenía en la mano la *Suma Teológica* de Sto. Tomás, obra sobre la que a la sazón trabajaba” (*Ibidem, II/2, 593*). No sabemos si recordó que, en esas fechas, le tocó –como a otros ocho seminaristas- predicar un sermón en la novena de la Inmaculada en la capilla del seminario diocesano de Madrid-Alcalá y reconoció haberlo hecho no sin cierto “temblor”, sorprendentemente mayor que el experimentado en sus célebres conferencias en tantos lugares y centros académicos de la Tierra ante auditorios mucho más críticos que sus familiares y los seminaristas con los sacerdotes formadores.

Sus hijas entraban en la habitación de su padre para darle las buenas noches. Le encontraban siempre con un libro o una partitura musical en la mano (Beethoven, Mozart, Bach, Chopin, Albeniz, Granados, Falla, etc.), que solía tocar al piano, pero ahora –les decía- “prefiero leerla y ‘oírla’ dentro de mí”. Cuando murió, junto a su mesa, estaba “el piano abierto con una partitura en el atril: las sonatas de Scarlatti” (*Epílogo en Obras, II/2, 581*). Además, la lectura del libro o de las partituras le servía para vencer el insomnio habitual en él. “Suelo combatirlo con métodos psicológicos, que la experiencia me ha demostrado eficaces, tales como repasar in mente teorías filosóficas o físicas o matemáticas o problemas de ajedrez (...), en suma, series de

ideas complicadas, en las cuales no pongo yo ningún interés personal o afectivo” (Carta, 8), recursos que, en el común de los mortales, agravarían el insomnio.

VII. CONCLUSIONES

Por razones prácticas considero oportuno resumir este trabajo en unas cuantas conclusiones.

1) Morente, en su niñez, tiene la religión católica y las devociones de su madre, muerta poco después de que él hiciera su Primera Comuni3n a los nueve a3os de edad y la 3ltima o 3nica hasta su conversi3n cuando ten3a 51 a3os.

2) En su adolescencia abandona la fe cat3lica y, hasta su conversi3n, ser3 agn3stico, que vive “sin Dios” y a veces “contra Dios”, al margen del Dios personal cristiano, aunque acepte al “Dios de los fil3sofos”, “en el que –con sus palabras- se piensa, pero al que no se ora”, ni adora, as3 como lo divino impersonal del pante3smo (Spinoza).

3) Por su concepci3n relativista de la relig3n, cataloga a la Iglesia cat3lica entre los anacronismos, correspondiente a una 3poca ya superada por la raz3n (la Ilustraci3n) y el progreso cient3fico-t3cnico.

4) Antes de su conversi3n escribe y habla como lo que es: librepensador, laicista, enaltecedor de la raz3n humana y de la 3tica colocada por encima de la fe y de la relig3n, negador de todo lo sobrenatural. Su mentalidad es mas3nica.

5) Antes de su conversi3n, la mente de Morente estaba abierta al pensamiento filos3fico de su profesores y de su tiempo: neokantiano, bergsoniano, fenomenol3gico (Husserl), orteguiano, filosof3a de los valores (Scheler); despu3s de su conversi3n, a santo Tom3s de Aquino –tomismo- y evidentemente, sobre todo, a Jesucristo y su Evangelio, tambi3n a lo aprovechable de la filosof3a moderna para “reconstruir su castillo filos3fico sobre cimientos nuevos” (cf. 3.4.2).

6) El timonel de la nave existencial morentiana, zarandeada por las peculiares circunstancias biogr3ficas de Morente e hist3ricas (de Espa3a), lleg3 a la conclusi3n: “Mi vida es m3a, pues la vivo yo; pero no es m3a porque me es dada”. A la pregunta: 3Qu3n me la regala: el Azar, el Destino, la Providencia?, responde, impulsado por la figura de Jesucristo Crucificado, cayendo de rodillas embargado por una emoci3n desbordada mientras en la radio suena la m3sica de “La infancia de Jes3s” de Berlioz e intenta rezar el padrenuestro y el avemar3a, olvidados hace tantos a3os. Al cambio brusco de rumbo (*conversi3n del coraz3n*) sigui3 el cambio paulatino interior (instrumental –pensamiento filos3fico-, etc., que segu3a siendo el anterior) y de la nave misma (*conversi3n de la mente; conversi3n del lenguaje y de la pluma*).

7) Su conversi3n sincera fue confirmada por la vivencia m3stica del llamado “El Hecho extraordinario” (“percepci3n del Otro -Jesucristo- sin sensaciones”) (noche del 29 al 30 de abril de 1937). El recuerdo de esta vivencia aflor3 todos los d3as en su conciencia, ayud3ndole eficazmente a ser contemplativo del Se3or de d3a y presumiblemente tambi3n de noche, incluso en medio de dolorosas

incomprensiones. Él mismo lo reconoce; lo confirma su nieta: “Sufrió mucho por no ser comprendido por unos y por otros, pero él decía que no tenía más que volver a la experiencia de París para recuperar su paz y su alegría” (cf. *Carmen Bonelli G.-Morente*).

8) Ya en el intervalo entre su conversión y El Hecho extraordinario decide ser sacerdote diocesano –no monje- a disposición total de su obispo para salvarse él y ayudar a la salvación de otros “en cualquier aldea de España” (*Eijo, carta, en Obras, II/2, 512*).

9) Fue un sacerdote ejemplar por su vida, por su espiritualidad, por su humildad –más meritoria en un intelectual- y disponibilidad a las indicaciones de su obispo, por su generosidad en la entrega como respuesta heroica a la llamada a la santidad y al apostolado, especialmente entre los intelectuales, muchos de ellos amigos suyos.

10) La trama de su espiritualidad está tejida por hilos de distintos colores perfectamente armonizados: gratitud al amor misericordioso de Dios Padre; contemplación permanente de Nuestro Señor Jesucristo crucificado y eucarístico; devoción tierna a la Virgen Santísima; rezo del Breviario o Liturgia de las horas; al menos una hora exclusivamente de oración personal cada día; práctica de los ejercicios espirituales anuales de ocho o diez días; ejercicio del Vía Crucis; laboriosidad incansable y competencia profesional aunque consciente de la necesidad de descanso y de que este no consiste en no hacer nada, sino en cambiar de actividad (para él sobre todo, tocar el piano); búsqueda sincera de la verdad objetiva; humildad en vencimiento esforzado de su defecto dominante: la complacencia vanidosa; el perdón -a veces heroico- de sus “enemigos”-; fidelidad a su esposa viva y muerta; muy hogareño y familiar; el corazón y la imaginación limpios (castidad, don especial del Señor tras su experiencia mística); la pobreza que, en París, fue verdadera indigencia. Por eso, en cuanto recibió la primera retribución económica de la editorial Garnier, se la entregó íntegra “*con honrado sentimiento de gratitud*” (*Carta, 8*) a la señora que le había preparado gratuitamente la comida y la cena durante los cinco primeros meses de su estancia en París (octubre, 1936- junio de 1937).

Como broche, una de las plegarias de Morante: *Jesucristo, “Santísimo Señor de la misericordia”*(*Obras, II/2, 530*). “*Dame, Dios mío, la gracia y protégeme de todo lo que pueda dañar. ¡Dios mío, Cristo mío, Virgen Santísima! Concededme la gracia, en adelante, de una vida sencilla, retirada, llena de paz, en el trabajo incesante y esforzado por la mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Que yo sea un sacerdote modesto, recatado, pacífico, tranquilo, pero que el fuego de mi amor no se apague nunca ni se debilite jamás y que las circunstancias me encuentren en todo momento dispuesto a obedecer con entusiasmo alegre a los mandatos de la voluntad*

divina y de las autoridades de la Iglesia. ¡Gracias, Dios mío, por haberme dado la paz de una resolución inquebrantable” (Diario en Obras, 453).